

Maeve Anne



*Los amantes
de Richmond*

Los amantes de Richmond

by:
Maeve Anne

Título: Los amantes de Richmond

©2018. Maeve Anne

©De los textos: Maeve Anne

©Safecreative: 1808087998420

Ilustración de portada: Maeve Anne

Imagen de portada: Pexels.com

1º edición

Todos los derechos reservados

Prólogo

Este relato es un complemento extra, situado en el tiempo, entre Lady Grace y La Condesa. Sé que debí de publicarlo antes de la segunda parte de la serie, pero os aseguro que no sabía dónde se encontraba.

Si lo he localizado, ha sido porque buscaba la libreta donde se encuentra la cuarta parte de la serie, que verá la luz el 4 de octubre y lleva por título “Te amo”.

La tercera parte de la serie, que lleva por nombre “La amante”, sale a la venta el 4 de septiembre.

Este relato no entrará dentro de la serie “amor y poder” pese a que pertenezca a ello, porque, como os he dicho, es un complemento. Lo publicaré bajo una serie de relatos que, a medida que me sea posible, iré ampliando con los relatos que tengo escritos y guardados en diversas libretas.

Ya, sin más, os dejo con la lectura.

Espero que disfrutéis.

Relato

La llegada a Richmond fue de noche. En el silencio del barrio, con los cascos de los caballos rompiendo la calma, sin que nadie asomara la cabeza, sabedores de quien era el propietario de aquel vehículo, y con el deseo de una calma y un consuelo.

—Hemos llegado —dijo el cochero, mientras un niño, se apresuraba a colocar la escalera para que los viajeros bajaran.

—Gracias —dijo lord Christopher con una sonrisa leve, al tiempo que abría él mismo la puerta—. Hola Peter, buenas noches.

—Buenas noches, señor Conde —dijo el niño con humildad sin atreverse a mirarle directamente.

—Peter, soy Christopher, y aún no he sido nombrado Conde —respondió al niño—. Por favor, llámame Christopher, y mírame.

—Como usted desee, Christopher.

La respuesta del niño hizo recordar a Christopher, la testarudez de Megan al estar siempre con lo de usted, y al humildad que le mencionara. Ella nunca le decía su nombre. Pese a lo gran insistencia de él, nunca.

Pero prefería que aquel niño sí le dijera su nombre, pues era un niño muy especial, a quien había visto crecer, y de quien había cuidado muchas veces mientras los padres del niño trabajaban.

Bajó del coche de caballos y ayudó a su prometida, la cual sonrió al ver que estaba allí en Richmond con su prometido.

—Es muy hermoso incluso de noche —dijo ya con los pies en el suelo—. ¿Tú eres, Peter?

—Sí, señora —respondió el niño.

—Me llamo Grace —dijo ella sonriente—. Ahora vamos a descansar, pero ¿podrías venir a nuestra casa mañana?

—Sí mi señora, Grace —respondió el niño.

—Muy bien, pero es Grace a secas. Y, por cierto, mañana sobre las once, me gustaría que vinieras a la casa. Te esperamos —dijo ella con una maleta en la mano, mientras el resto del equipaje lo llevaban Christopher y el cochero—. ¿Trabajan tus padres?

—Sí, Grace —respondió el niño—, en esta casa desde que Christopher

viajó a Londres.

—Me alegro —dijo, pues mañana hablamos. Hasta mañana.

—Hasta mañana milady.

Entraron en la casa en silencio. Dejaron en el hall las maletas y los bultos, dirigiéndose a la habitación del piso superior y allí durmieron sin probar bocado, pese a los esfuerzos realizados por lady Brown, para que dispusieran de una buena y sustanciosa comida antes de ir a dormir.

Sin embargo, no acudieron a la cocina y no lo vieron hasta la mañana, cuando lady Brown se preguntaba el motivo por el cual no habían comido, aunque supuso que, quizás, la enamorada, no era admiradora de la carne de cordero.

—Buenos días, ¿tenemos cordero para desayunar? —preguntó Grace, al ver con la comida a lady Brown.

—No señora —respondió ella—, esta era la cena que les preparé anoche, pero como no la tomaron, supongo que no sería de su agrado: lo llevaré a la Iglesia para que el padre lo reparta entre los feligreses más pobres.

Grace pensó un rato en aquello. Había llegado muy tarde de Londres, estaba cansada y ninguno de los dos puso un pie en el lugar, mas se sentía triste, a ella no la educaron para ser así con los criados.

—Lo lamento mucho, ni Christopher ni yo entramos anoche en la cocina, vinimos muy cansados —dijo mientras se sentaba a la mesa aún sin vestirse. Bajó envuelta en la bata—. Sé que los pobres lo agradecerán, pero ¿me dejaría probar un poco?

—Está frío señora —respondió lady Brown, consciente de que Grace no le había mentado, en verdad lamentaba lo de la cena.

—Pues caliente un poco —dijo ella con total tranquilidad—. Voy a vestirme. Un cuanto baje, Christopher y yo comeremos.

—Como guste señora —dijo lady Brown tranquila, ocultando la alegría que aquella joven le estaba dando.

Pero, pese a su silencio, Grace sabía que estaba agradecida. Comprendía a los criados y se alegraba de poder ayudar a que aquella mujer, no hubiera gastado un tiempo innecesario en algo que ellos nunca probarían.

Aunque sí lo hicieron, y lady Brown fue testigo, debido a que desayunaron en la cocina con agrado:

—Está buenísimo —dijo Christopher comiendo—, es la mejor cocinera

de todas las que he conocido, gracias por cocinar para nosotros.

—De nada, es mi trabajo —dijo la mujer sonriente—. Me llevaré el resto a la Iglesia, y vendré para preparar el resto de las comidas.

Peter estará aquí en un rato, cualquier cosa que necesiten, se la pueden pedir. Sus padres también vendrán enseguida, pero aún tardarán un poco, pues dependen de los vecinos para que puedan cuidar de los dos niños pequeños.

—Muy bien, muchas gracias —dijo Christopher, mientras veía a su esposa comer con apetito y placer—. Hoy descansaremos, mañana ya haremos más cosas.

Lady Brown se marchó dejando que la feliz pareja desayunara sola, mientras ella llevaba el resto a la Iglesia, donde tenía la intención de hablar con el sacerdote, e informar de la llegada de Christopher, si aún no la conocía.

Pero sí lo hacía.

Ya lo sabía, pues el mismo Christopher le había hecho llegar una nota donde informaba de su llegada en compañía de Grace, así como su intención de visitarle, aunque no dijo nada de ello a la carta enviada a lady Brown.

Y hasta ese momento, no se lo dijo a su amada:

—Pues claro que voy —dijo Grace al conocer las intenciones de su amado—, estaré encantada, pero ¿cuándo?

—Pues mañana o pasado —respondió él—. Cuando lo desees.

Grace sonrió pensativa. Su idea era que Christopher dijera el día, ella no iba a llevarle la contraria, mas tenía claro que él no lo haría, por lo que tomó la iniciativa resignada:

—Iremos mañana —dijo—. Pero eres tú, quien ha de decirme a mí el día. Soy tu prometida. No debería vivir contigo sin estar casada.

—A mí eso no me importa, pues yo te amo y pretendo que seas mi esposa. ¿Tú no? —preguntó Christopher intrigado.

—También, será un placer casarme contigo —respondió—, y lo sabes.

Christopher sonrió aquellas palabras tan dulces, recordando la noche en la que le pidió matrimonio. Una noche mágica en la cual aún sentía que vivía, pues no había olvidado la música, de lo grato de la reacción de los Lemon, de la respuesta de Grace y del beso en el que se fundieron una vez ella le aceptó.

Pero no podía olvidar que no quería vivir de la beneficencia. Había ganado cada penique que había necesitado desde los 12 años, pese a que su madre poseía una sustanciosa fortuna que le había dejado en exclusiva para él.

Vivir de la renta que le pagara su padre no iba con él. Era o ser Conde o

tener un trabajo, aunque él nada más que había trabajado como jardinero. Algo de lo que no se avergonzaba, pero no le iba a dar el dinero suficiente para que Grace tuviera a su lado el mismo lujo que tuvo en casa de sus padres.

Mas no creía que fuese una conversación propicia para entablar con ella a una hora tan temprana, máxime cuando aún no llevaba ni un día en Richmond, y la intención del viaje había sido precisamente, dejar a un lado los problemas de Londres.

—Estás muy serio, ¿sucede algo? —preguntó Christopher una vez terminó de comer y dejó los platos a un lado—. Puedes hablar conmigo de cualquier cosa, ya lo sabes.

—Estaba pensando, nada más —respondió él poniéndose en pie.

—No pienses demasiado, eso no te ayudará —dijo ella—. Lo que debes hacer es confiar en tí, nada más. Dejé claro que yo te quiero a ti, lo demás no importa ya.

—Pero...

—No Christopher, no hay pero que valga. Sé que es necesario pensar, mas también lo es vivir y hoy, vamos a vivir —dijo Grace—, ya mañana haremos ambas cosas.

—Grace, tu lo ves todo muy sencillo, pero yo tengo muchas cosas por aprender, la sociedad de Londres es muy estricta e hipócrita —dijo él—. ¿Cómo se puede vivir así?

—Día a día —respondió ella con una sonrisa.

Christopher se mantuvo en silencio tras la insistencia de su amada. Sabía que no podía llevarle la contraria, ella tenía las ideas claras y él era un hombre con mucho por aprender.

—¿Qué prefieres hacer hoy? —preguntó con curiosidad.

—Pues podríamos dar un paseo por la orilla del Támesis.

—Pues vamos allí.

En cuanto salieron de la cocina, encontraron a los padres de Peter que entraban en la vivienda.

—Lamentamos la tardanza, pero mientras no llegó la institutriz no hemos podido venir, los niños son muy pequeños, pero a finales de año podremos venir antes —dijo la madre con humildad.

—¿Y eso? —preguntó Christopher curioso sin prestar atención a si era algo bien visto o no.

—Los pequeños crecen y a finales de año, uno cumple ya los 6 años...

—Pare —dijo Christopher interrumpiendo—. ¿Seis? Es muy pequeño. Mañana viene la doncella de mi amada, ella le podrá ayudar. Por lo que, si viene a esta hora está bien, no deje a los niños solos por favor.

—Muy bien, gracias —respondió el padre sin poder creerse su suerte.

Creyó durante todo el tiempo que Christopher, una vez marchara a Londres, cambiaría por completo. Pero no, no lo había hecho, seguía siendo el mismo hombre, aquel que tenía delante, y que se había ganado toda la subsistencia con los jardines.

—Ocúpense de que en la casa todo esté bien —dijo Grace sonriente—. Si hace falta algo de compra adelante. Me gustaría que el niño viniera con nosotros.

—Por supuesto, será un placer que pueda ser de utilidad —dijo el hombre orgullosos, imaginando que, quizás, algo bueno saldría de todo aquello, pues aunque era un niño, si todo lo hacía bien, podrían contratarlo y trabajarían todos juntos.

—Pues voy a prepararme —dijo Grace—. Ayúdeme con el peinado por favor.

La mujer no tardó un instante en acudir con ella, mientras los dos hombres conversaban poniéndose al día con todo lo que había pasado en Richmond durante su ausencia.

No todas eran noticias eran iguales de agradable. Unas eran algo más tristes y una resultaban tan trágica como cómica.

—¿Y cuándo sucedió? —preguntó curioso Christopher al conocer la historia— Me gustaría ayudar.

—Pues fue no hace más de 13 días —respondió el hombre—, porque fue cuando mi niña cumplió 2 años.

—Iré a verla. Mi amada quiere ir a la orilla del río, como la vivienda me pilla de camino, iré.

—¿No se molestará su amada? —preguntó el hombre curioso.

—¿Molestarme de qué? —preguntó Grace curiosa bajando las escaleras.

Christopher no dudó en responder a la pregunta, indicando su intención de hacer una visita a la familia que necesitaba ayuda.

—Pues claro que no —respondió sin dudar—, vamos.

Christopher le besó la mejilla ante la riada asombrada del matrimonio, que no tardó en ver como iban caminando tranquilamente calle abajo, acompañados de Peter que llevaba una cesto con todo lo necesario para comer

algo a la orilla del Támesis.

Aunque Grace iba pensando en la familia que había tenido aquella desgracia, pero que todo había acabado bien.

—Estás muy pensativa —dijo él observando que Grace miraba sin ver.

—Estoy pensando. Esto es muy tranquilo y muy relajado, hay una gran diferencia respecto a Londres —respondió—. Los jardines son hermosos y también están muy bien cuidados. La gente no se atropella ni veo que susurren sin miramientos.

Christopher tuvo que taparse la boca para no reír a carcajadas respecto a las palabras de su amada. Algo mucho más difícil para el niño cuyos esfuerzos fueron todos en vano.

—¿De qué os reís? —preguntó extrañada, sin saber el motivo que les llevó a reír.

—En verdad nos reímos, al menos yo, del modo en el que has hablado. Susurrar susurra todo el mundo, pero lógicamente, de puertas para adentro. Esto no es Londres, esto es más calmado, e incluso, podrás ver a algunos niños pescando. Para muchos esos peces serán todo el sustento de hoy, pero no les verás llorar, son muy alegres y se ayudan entre ellos para pescar con más eficacia.

—En ese caso, me encantará verlo —dijo ella sonriente del brazo de Christopher—. ¿Crees que habrá alguno?

—Es posible.

Christopher respondió con un tono suave y de nostalgia al mismo tiempo, pues él también fue un niño que pescaba en el río. Un niño que para al pesca no era muy hábil:

—Un día —dijo deteniendo el paso frente una casa muy pequeña que en una esquina había. Se sentaron en el banco detrás de la verja abierta—, salí a pescar. Tenía creo que unos seis o siete años y he de reconocer que no se me daba bien. Mi caña era muy débil y mi cebo inexistente, pero un pez picó. Tiré todo lo que pude, mas se me me partió. El pez, por supuesto, se escapó, aunque otro chiquillo no dudó en compartir conmigo su pesca y me dio unos consejos para al día siguiente no volver a cometer esos errores.

—¿Y aprendiste? —preguntó Grace intrigada con la historia.

—Sí, aprendí pero a medias —respondió—. Puse cebo, usé un hilo mayor y más resistente, y tomé una caña mejor, pero no lo hice muy bien. Lancé el cebo y picó un pez, mas era tan grande y tan pesado, que en lugar de

tirar yo de el, fue el quien tiró de mí. Caí al río. Oí gritos y medio vi a algunos niños corriendo y nadando hacia mí, pero no entendía nada, tenía mucho miedo y necesitaba llevar el pescado, no quería seguir viviendo de lo que ellos vecinos nos dieran o mi madre trabajara sin tener tiempo para mí. Había muchas cosas que escapaban a mi comprensión.

—Eras muy pequeño —dijo Grace—, pero muy valiente y bastante atrevido. ¿Soltaste la caña?

—Pues claro que no, me la quitaron —respondió—. Uno de los chicos me quitó al caña y otro me sacó del agua. Recuerdo que me dieron un pez y me dijeron que antes de pescar debía aprender a nadar. Fue muy duro, pero aprendí la lección y entonces sí que pescaba cada día.

—Fueron buenos tiempos —respondió Grace feliz de haber escuchado aquella historia tan tierna—, pero no consigo comprender una cosa. ¿Por qué tu madre te obligó a trabajar si tenía una fortuna?

—Eso me lo pregunté yo muchas veces, hasta que tras su muerte, leí el Diario que ella escribía y lo supe —dijo con una leve sonrisa—. Lo hacía para que valorase lo que tenía a mi alcance. Para que tuviese dinero y una dote una vez ella no estuviese. Me costó comprender esa intención, pero en Londres, si el dinero no lo tienes a manos llenas un día sí, y otro también, un año sí y otro también, nada consigues.

—Sí, pero a mí no me importa el dinero —dijo sonriente—. Lo que sí me gustaría saber es ¿dónde nos hemos detenido?

Christopher sonrió. Se puso en pie y se acercó a ella y susurrando a su oído, le pidió siguiera la corriente y cuidara sus palabras, y abrió al verja tras la cual se encontraba Peter con su cesta. Le hizo entrar y volvió a cerrar la verja, para dirigirse a la puerta, a la cual llamó con cuidado, pues no quiso asustar a nadie, no era su intención.

Mas sí consiguió que la puerta se abriera con rapidez, dejando ver a una mujer ya anciana y algo encorvada.

—Buenos días —dijo Christopher una vez le abrieron—, ¿me recuerda?

—Imposible no hacerlo —respondió la mujer—. Pasa.

Christopher entró, no sin antes dar un beso en la frente a la mujer y presentó a Grace, la cual no dudó en dar también un beso a la mujer en la frente.

—Hija, que de tiempo hacer que no viene alguien joven aquí... Yo también fui joven hace tiempo —dijo la mujer—. Pero entrad, aunque mi casa

es humilde y yo soy vieja, ya no puedo hacer tanto como antes.

—No se preocupe —dijo Grace—. Está todo bien.

—Además, ella siempre es así —dijo Christopher—. Queja tras queja.

—Está bien que nos quejemos, pero debemos tener presente que debemos valorar todo lo que tenemos —dijo Grace—. Y una casa como esta engaña, desde fuera parecía más pequeña.

Grace sabía de lo que hablaba, pero ella todo lo veía con ojos nuevos, únicamente conocía de Richmond la mansión de Regina y la casa de Christopher, pero no se podía decir que fuera pequeña, puesto tenía una cocina, un comedor, un salón, un estudio y dos habitaciones. Había muchos libros y, aunque no era grande, también tenía un cuarto de baño. Y los vecinos habían llenado la cocina de alimentos no perecederos, aunque también le habían cocinado.

Sin embargo, esa casa era mucho más pequeña, únicamente se veía una sala que hacía de cocina y comedor a la vez, una habitación y un cuarto de baño escaso. De hecho, la tina era un barreño de madera que daba la impresión de que se filtraba.

—¿Dónde está su marido? —preguntó Christopher una vez ella cerró la puerta y Grace se acercó a la chimenea, en cuya repisa le llamó la atención un caballito de madera y otras figuras, también en madera.

—Él, espero que muerto —respondió Susan—. Una mañana me levanté y no estaba aquí conmigo. Creí que se había ido a trabajar, pero no vino por la noche con los demás trabajadores. Al cabo de unos días vinieron en busca de él, pero no supe que responder. Le busqué, pregunté y nada. Desaparecido, hasta que llegó el cartero y vino con esta carta. Tome, lea —dijo, sacando la carta del cajón de un mueble que allí había.

Christopher la leyó en voz alta:

—Mi querida esposa; lamento ir a Londres de esta manera, pero me enamoré de una mujer más hermosa y con más dinero. Quédate con la casa y también con lo que hay en ella. Yo no necesito aquí nada. Te he querido. Thomas.

—Yo no lo entiendo —dijo Susan.

—Cuando se ama de verdad, el dinero no tiene valor ni la belleza poder alguno —respondió él—. Desde luego, es despiadado al máximo.

Devolvió la carta y tosió llamando la atención de Grace, quien curiosa como un gato, se estaba entusiasmando demasiado con las figuras y estaba a

punto de coger una, aunque ni Susan ni Peter se dieron cuenta de la intención, pero Grace sí se percató y apartó de inmediato la mano, regresando junto a su esposo.

—Cuando vaya a la Iglesia, le pediré al sacerdote que la ayude —dijo con su habitual serenidad.

—¿De verdad? —preguntó ella mostrando una amplia sonrisa— No sabe cómo se lo agradezco, es maravilloso, cuando una se vuelve vieja...

—Pues no salga de casa, no sé cuando podrá venir el sacerdote —dijo Christopher y comenzó a despedirse.

También Peter se despidió y Grace imitó en todo a su amado, sin terminar de comprender las cosas, pero segura de que Christopher tendría motivos para hacer actuado de ese modo.

De hecho, al estar cerca del río, supuso que cuando llegaran allí, él hablaría, peor cuando llegaron ni una palabra. Extendió la manta que llevaba Peter en la cesta y se sentó sin dejar de mirar al horizonte, hasta que Peter habló:

—¿Lo habrá encontrado? —preguntó de una manera que a Grace le dio la impresión de que no buscaba una respuesta.

—Puede que sí —respondió Christopher, sin cambiar su impresión ni haber prestado atención a los niños que pescaban.

—No entiendo nada —dijo Grace intrigada, percatándose en ese momento de que un niño había pescado un pez tan grande que casi no podía sujetarlo con sus dos manitas.

—Es una larga historia que yo no conozco en su totalidad —respondió el niño—, además, lo que haya encontrado Christopher a mí se me escapa, no soy muy listo.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Grace creyendo conocer la causa de que el niño no llegase a la inteligencia y perspicacia de su amado.

—Tengo 10 años —respondió.

—Pues eres muy inteligente para tu edad, creo que casi tanto como Christopher, date cuenta de que él tiene 25 años —dijo ella con total tranquilidad, tratando al niño lo mejor que le era posible. Algo muy sencillo, pues el niño era muy simpático y le resultaba grata tu presencia.

—Podría ser mi padre. De Londres vino una chica de 12 años embarazada, una familia de aquí fue allí y al encontrarla la trajeron aquí. Vivía en los barrios bajos. ¿Tú dónde vives?

—En Mayfair, no muy lejos de Christopher —respondió casi olvidándose del asunto de Susan.

—Algún día, yo también viviré allí —dijo mirando el río—. Richmond es hermosos, pero Londres ha de ser más.

—Para mí, es más hermoso Richmond. Londres es grande, pero sus gentes se ocupan demasiado de cosas que no son tan importantes como ellos creen. Las apariencias pesan más que los sentimientos y el dinero es la columna vertebral de la sociedad. No me va eso. Yo prefiero la verdad, el amor y la vida.

Peter sonrió. Aquella chica era del mismo tipo de Christopher, y eso le gustaba, porque era una buena mujer y él le caía bien.

—Dime Peter ¿sabes leer y escribir? —preguntó Grace curiosa, deseando conocer a las gentes que vivían en aquel lugar que ella visitaba antes, pero nunca tenía relación con las gentes, pues Regina, con quien pasaba los veranos, no quería relación con ellos.

—No, no sé —respondió cabizbajo—. Mi padre sí sabe y me ha dicho que me ayudará cuando yo tenga un trabajo.

—¿Me dejarías que yo te enseñara? —preguntó Grace con al ilusión de poder ayudar a la familia.

—Yo sí, pero milady, ¿cómo vais a hacer tal cosa? Jamás he oído que una dama de la alta sociedad ocupe su tiempo en personas pobres —dijo el niño con un sonrisa—. Pero muchas gracias de todos modos.

—Pero Peter, si yo quiero hacer tal cosa, la única persona que me lo puede impedir es mi prometido, y no creo que Christopher sea de esos hombres —dijo ella feliz, acariciando la cabeza del niño.

Peter no tardó en consultar con Christopher, quien permanecía aún con la mirada fija en el horizonte, sin que allí hubiera nada ni nadie, aunque sí respondió a la pregunta del niño:

—Pues claro, si ella quiere, y tú estás dispuesto a aprender, no veo el menor impedimento.

El niño sonrió emocionado y salió corriendo al tiempo que gritaba y reía como si acabara de recibir un reinado en lugar de una enseñanza.

Christopher quiso frenar al niño, pero Grace se lo impidió, pues el niño era feliz, no era cosa de detener su alegría.

—Pero...

—Christopher, dime ¿tu madre te detenía? —preguntó con dulzura

mientras colocaba su cabeza en el pecho de él.

—No, nunca —respondió sin dudar.

—Pues no lo detengas tú —dijo sin moverse—. Mira lo feliz que es. Me gustaría criar aquí a mis hijos, no quiero que lo hagan en Londres.

—Entonces —dijo Christopher tomando la cesta—, los dos queremos lo mismo.

Christopher abrió la cesta, y colocó sobre la manta parte de lo que en ella había; pan, fruta, carne seca, verdura y algo de postre, junto con limonada y té.

Llamó al niño para que se uniera a ellos, pero no lo hizo solo, lo hizo con los niños que pescaban, y que ninguno superaría los 11 años de edad.

—Si compartimos el pescado que hemos pescado, ¿compartirían lo suyo? —preguntó el que parecía mayor.

—Claro que sí —respondió Christopher invitando a los niños, que no tardaron en comenzar a asar el pescado, no muy lejos de ellos, pero sí seguros de que el calor no llegaría. Grace no dudó en aceptar. Pocas personas lo sabían, en verdad no lo sabía nadie más que Megan. Ella, cuando pasaba algo, la llevaba a comer pescado asado, pero era un secreto que no estaba dispuesta a compartir por mucho que él fuera la persona en la que más confiara.

Aunque no tenía necesidad de contarlo, sabía perfectamente, que él la comprendía del mismo modo que ella a él.

Pero lo que de verdad les interesaba, era que estaban disfrutando, y mientras escuchaban las historias que contaban los niños, comieron sin problemas saboreando lo que había con mayor agrado de lo que en un primer momento creyeron.

Así, incluso conocieron como vivían los niños y cuales eran las familias más necesitadas, algo que era del agrado de Christopher, quien no tenía la menor intención de abandonar a quienes tanto hicieron por él.

Hasta que uno de los niños, el más pequeño, que tendría seis años, o siete como mucho, removi6 lo que Grace ya había olvidado:

—¿Ha visitado ya a Susan?

—Sí —respondió Christopher—. Y creo que lo ha encontrado.

—Pero entonces ¿d6nde est6 su marido? —preguntó otro algo mayor, con el rostro juguet6n que a Grace le dio a entender que sabía mucho más de lo que decía.

—¿D6nde va a estar?

Todos los niños movieron sus cabezas en señal de desaprobación, aunque ninguno dijo nada por temor a que la joven huyera despavorida del lugar. De todos modos, era un asunto un poco confuso que todos callaban antes los extraños por temor a que alguien hablar y el miembro del Parlamento fuera contra la población, muchos de los cuales no conocían a Susan.

—¿Esto es un acertijo? —preguntó Grace— No entiendo lo que pasa.

—Milady —respondió Peter—, es un secreto de algunos de Richomnd, es un tema complicado que, además, si sale de nosotros nos podría complicar mucho, pues está involucrado el Parlamento.

—Comprendo —dijo Grace, pese a las dudas que tenía el niño de como explicarse—, pero podéis estar tranquilos, sé guardar un secreto, no temáis por ello.

Los niños comenzaron a comer el postre mientras se miraban los unos a los otros con torpeza, desconociendo que podían hacer, cual era la decisión correcta. Terminaron por observar a Christopher, buscando a él lo que siempre habían encontrado:

—¿Por qué le miráis? —preguntó Grace.

—Porque él sabe lo que está bien y lo que está mal —respondió Peter.

—Estoy segura de que vosotros también lo sabéis —dijo ella—. Debéis confiar en vosotros mismos. Si nunca lo hacéis, nunca nadie confiará en vosotros.

Los niños se quedaron asombrados con aquellas palabras. La joven que tenían delante, procedía del mismo lugar y tenía la misma edad, que la dama que vivía más abajo en una enorme mansión, pero la que tenían delante era más simpática, más sencilla y más hermosa.

Al ver Christopher que no se decían, él mismo tomó la decisión:

—En todos los pueblos hay historias, leyendas, hay secretos unos más gratos que otros, y Richmond, no es una excepción —dijo con tranquilidad, aprovechando el fuego de asar el pescado, para colocar una tetera con agua—. ¿Te molesta este método para calentar ella gua? —preguntó antes de colocar la tetera.

—En absoluto, me es grato y me gusta —respondió ella.

Christopher la colocó y volvió junto a su amada bajo los árboles que además, ofrecían algo de frescor gracias a la brisa. Por suerte, pese a ser verano, era un verano agradable y Grace, al igual que todos los ingleses, agradecían el sol, oculto durante mucho tiempo hace apenas unos años de los

cuales aún no se habían recuperado todos.

—¿Sabe el por qué hace unos años no hubo verano? —preguntó un niño mientras Christopher regresaba a su sitio.

—Sí. Fue por la erupción de un volcán —respondió Grace—, el Tambora el 10 de abril de 1815.

—¿Dónde está el Tambora? —preguntó Peter intrigado.

—En la isla de Sumbawa, en Indonesia —respondió Christopher.

—El mundo es muy grande ¿verdad? —preguntó otro.

—Sí que lo es —respondió Grace—. Y mi curiosidad también, contadme ya ese secreto o me enfadaré.

Los niños rieron con el modo bromista en el cual ella había hablado. No tenían la menor duda de que Christopher se lo contaría, aunque lo haría cuando se estuvieran tomando el té, no antes, y ya había regresado junto al agua, pero lo que Grace no sabía, era que se había ganado por completo el alma y el cariño de aquellos pequeños, que entre susurros habían hecho un pacto con Peter a cambio de unos caramelos y un pescado: Grace enseñaba a leer y escribir a Peter, y este, enseñaría a los demás.

Al menos, mientras estuviera en Richmond.

Aunque la idea de que se marcharan no le gustaba a ninguno y preferían no pensar en ello, pero les era muy difícil y tuvo que ser Christopher quien, involuntariamente, les ayudó a no pensar cosas tristes.

—Como te iba diciendo —dijo sirviendo un por de té a su amada—, los secretos son cosas que acompañan a todos los pueblos, pero el de Richmond tenemos que ocultarlo debido a que la mujer que hemos visitado es la madre de uno de los más miembros más importantes del Parlamento de Londres. Él es un buen hombre, con un gran corazón y mucha humanidad. Aquí le conocemos y prometimos ayudarle. Él, a cambio, ha donado la casa de su madre y su dinero, además de que nos ha prometido que hará todo lo que pueda para conseguir que Richmond sea ciudad.

—¿Y qué oculta esa mujer? —preguntó Grace intrigada.

—Un tesoro —respondió Christopher sin dudar.

Grace no tardó en escupir el té sin darse cuenta, pues las palabras de su amado eran un tanto infantiles para ella. De hecho, no lo creía pues lo último que esperaba era un tesoro. ¡Estaban en Inglaterra! No había oro, ni plata, ni cobre escondido. Eso pasaba en otros países, en otros lugares, allí aquellas cosas no pasaban.

—Lo siento Grace, pero es verdad.

El rostro incrédulo de la joven hizo pensar a Christopher que, quizás, había dicho algo que no debiera, pero le fue imposible comprender las cosas sin que ella se expresara mejor. Al comprendía y se compenetraban, pero...

—Explícate Christopher —dijo inmóvil, sin percatarse de que había realizado un acto muy cuestionado.

—Hace años, casi un siglo o más, un pirata llegó a este lugar y enterró un tesoro que nunca se encontró —dijo él sin molestarse por el comportamiento de su amada, pues le parecía de lo más normal después de haber escuchado aquellas palabras—. Años después se construyó una casa donde se creía que el tesoro había sido enterrado. Nadie dijo nada, por temor a que la familia lo supiera y, como es normal, se quedaran con todo.

—Y ella lo ha encontrado —dijo Grace tomando un sorbo de té, sin echarlo fuera—. Pero ¿por qué no se lo puede quedar?

—Pues porque hace unos diez años, falleció el anterior sacerdote, y en su testamento, se encontraba una carta escrita por el mercader que pedía que la persona que encontrara su tesoro debía repartirlo entre los más necesitados —respondió Christopher.

—Comprendo —dijo Grace—. Lamento haberme...

—No te preocupes, es normal, lo esperaba. Venga, vamos a tomar el té y a dar un paseo.

Grace sonrió emocionada, mientras se tomaba el té y, a continuación, se dedicó a pasear por la orilla acompañada por su amado, mientras Peter se ocupaba de recoger las cosas.

Ciertamente, todos estaban llenos, peor ninguno quería que esa tarde se acabase, pues todos se ilusionaron con la joven llegada de Londres que no solo les había hablado o invitado a comer, también les había tratado como a iguales, algo muy raro en el comportamiento de una dama de la clase alta.

—Mira, ¿no es la mansión de Regina? —preguntó Christopher observando una gran mansión, no muy lejos de donde se encontraban ellos.

—Sí —respondió Grace—, pero o se ve ni el coche de caballos ni nadie y es raro, creí que estaría aquí.

—Y yo también —dijo él—, pero es posible que simplemente estén de visita.

—Sí, es posible —respondió ella—. Mas lo prefiero, ¿qué le digo si la veo? Sus palabras aún se me clavan como cuchillos.

—Tranquila, tú no tienes nada que explicar a Regina —dijo al tiempo que se detenía, para colocarse delante de ella y alzando el rostro dulce de su amada, con sus dedos índice y pulgar, la besó en los labios—. Al contrario, es ella quien ha de explicar, y muchas cosas, su comportamiento ha sido muy discutible.

Grace se dejó besar y consolar, respondiendo a aquellas muestras con una sonrisa sincera y una promesa para sí misma: haría feliz a aquel hombre.

Caminaron un poco más, hasta la hora de regresar, cosa que hicieron acompañados por Peter.

—Ve a casa Peter —dijo Christopher al pasar por la Iglesia abierta—, enseguida vamos para allá, voy a pasar por aquí un momento.

El chico no tardó en cumplir lo pedido, estaba cansado del día, pero no lo iba a decir, pues como le decía su padre: un hombre nunca se queja.

Pero a Christopher no se le escapaba el cansancio del niño, por ello le pidió regresara.

—Si quieres ir con él, puedes ir —dijo a su amada, al cual también veía algo cansada— yo es posible que tarde.

—Prefiero quedarme contigo, lo del tesoro pirata me tiene intrigada y muy, muy intrigada —respondió pensativa, aunque detuvo el caminar del niño—. Mañana, cuando vayas a casa, di a tus amigos que también vaya. ¿Te acordarás?

—Claro milady —respondió Peter con una gran sonrisa—. Muchas gracias.

El niño marchó y Grace acompañando a Christopher, se dirigió a la Iglesia, donde entraron en silencio.

El sacerdote salió a recibirles casi de inmediato, con grandes muestras de satisfacción, al ver que los dos habían decidido visitarles.

—Pasad por aquí y hablemos tranquilos.

La pareja le acompañó hasta la rectoría, donde Christopher expuso sus sospechas abiertamente:

—Lamento la duda Christopher, eres un hombre recto, pero ¿en que te basas? —preguntó el sacerdote.

—En varias cosas; cuando la besé en la frente, olía a perfume, una mujer sin dinero no compra perfume —respondió tranquilo—. Y además, me enseñó una carta en la cual, su marido, aparentemente, le decía que se iba a Londres con una mujer más joven y rica. Pero esa carta tenía faltas de ortografía. Y en

su casa hay una sala menos.

—Comprendo —dijo el sacerdote—. Mañana iré a verla. Conseguiré que salga de casa, y con otros hombres, entráis.

—Disculpad, pero no entiendo —dijo Grace curiosa.

—Verá milady —dijo el sacerdote con total tranquilidad—. Una mujer pobre, no tiene dinero para un perfume, del mismo modo, que un hombre que enseña a otros a leer y escribir, no comete faltas. El marido desapareció un día en el que nadie le vio, y en su casa, no ha ido nadie a crear una sala, pues los únicos que saben alzar paredes vienen aquí para que yo les de trabajo.

—Creo que prefiero no ir a la casa, me da miedo —dijo Grace pálida—, aunque lo del tesoro...

—Un hombre, miembro del ejército de Su Majestad, dejó su puesto, que se heredaba de padres a hijos, y se echó a la mar —dijo el sacerdote explicando la situación—. Se convirtió en un buen pirata: sanguinario, ladrón, asesino... Casi al final de su vida, envió aquí una carta, donde informaba de que no lejos del río, a pocos pasos de la roca suave y plana, había un tesoro escondido en monedas de oro. Pedía que, quien lo encontrara, debía repartirlo entre los más necesitados. La casa está construida junto a la única piedra que reúne esas características.

—Comprendo. Quería dejar algo bueno en la vida después de lo hecho. Gracias padre —dijo ella ya una vez había entendido todo lo que sucedía, pero aún así, la aterraba—. Padre, no le pasará nada a Christopher ¿verdad?

—Tranquila, no le pasará nada, no lo permitiré —respondió el sacerdote—. Además, aquí nadie va a correr peligro, no tienes motivos para temer.

Grace se quedó mucho más tranquila. Aquel hombre le inspiraba confianza mucho más allá de la sotana. Seguía sin comprender muchas cosas, pero al menos, ciertos detalles si le era ya atendibles, sin dejar atrás que la vida en las pequeñas poblaciones, era mucho más fácil y, al mismo tiempo más compleja, que en la bulliciosa Londres, donde no tenía ni al menor intención de regresar, siempre podía visitar a sus padres en un fin de semana, y a Regina, ya sabía que la había perdido como amiga, pese a los muchos esfuerzos que puso.

Pero era algo muy extraño, pues la amiga de su infancia no quería saber de ella, y menos cuando las dos estaban muy cerca una de la otra.

Sin embargo, cuando salió de la Iglesia, observó el cielo y una estrella

fugaz, cruzó el firmamento. Grace cerró los ojos pidiendo un deseo, un deseo que no confiara se cumpliera, peor la esperanza no la perdía.

—Has perdido hacer las paces con Regina —susurró Christopher a Grace al oído—. Ten paciencia. Hay deseos que tardan más que otros, pero se cumplirá a su tiempo.

Grace sonrió emocionada al oír aquellas palabras, que eran las que ella necesitaba oír en ese momento.

—No sabes lo que deseo volver a tener a Regina, volver a hablar, a pasar horas cosiendo, compartiendo historias, acudiendo a los bailes, pasear por el parque, ir a cenas, a las meriendas... Son cosas que cuando eres más joven no te das cuenta lo que significan hasta que lo pierdes. Y lo pierdes quieras o no.

Christopher la escuchó triste. Él no podía comprender lo que sentía su amada, él no había perdido una amiga tan importante como Regina lo era para ella, lo más que había perdido era una madre, y no se podía comparar.

—Vamos a casa, todo se solucionará, algo me dice que así será —dijo con una sonrisa sincera dando un beso a Grace en la mejilla.

La joven se serenó, y caminó junto a él hasta la casa, contemplando los jardines que Christopher había trabajado durante más de 13 años. Unos años de los que él no se arrepentía, como tampoco se arrepentía de haber ido a Londres, pues aunque la conocía desde hacía pocas semanas, Grace era para él lo más importante de la vida.

No desconocía que para ella, él era igual de importante, pues decidió ir con él antes de casada, sin importarles los rumores ni el cotilleo, pues ¿quién mejor que él como marido? El heredero del Condado de Hampshire.

Ellos eran felices con todo ello, aunque la sombra de la tristeza no dejaba de acercarse y amenazarles, lo que les enturbiaba la felicidad, aunque no lo mencionaban, pues ninguno quería hablar de ello, preferían que fuera un secreto.

Pero cuando Christopher vio a Grace entrar en la casa, sonriente y con la mirada ilusionada, comprendió que no era el momento de hablar, al contrario. Debía callar y centrarse, lo que pudiera pensar o decir la gente no le debía importar, pues a su amada no le importaba.

De hecho, una dama nunca debía subir al coche de un hombre si este no era un familiar, pero Grace no tuvo ningún problema en subir, y explicarle todo lo que él necesitaba para en un cena no meter la pata, él no era ese

hombre de la alta sociedad que sabía todo, pero no se equivocó nunca, los modales de Grace eran tan delicados y lentos, que seguirla era muy fácil. Tanto, que la siguió y aprendió al mismo tiempo.

Los modales de Christopher eran casi como los de Grace: él no fumaba y no bebía, los ratos con los hombres tras la cena, eran escasos, poco sabía de política, prefería la lectura y las charlas sobre libros, algo en lo que Grace le acompañaba gratamente, además de que solía realizar algunos juegos, cuando se unían más de cuatro personas que había leído el mismo libro.

—Me pregunto si en Richmond lee la gente... —dijo Grace pensativa sin darse cuenta de que la madre de Peter estaba detrás de ella.

—Claro que sí. Quien sabe lee —respondió con calma la mujer—. Antes, cuando nos hemos visto no le dije mi nombre, pero tampoco sé si lo quiere saber o no.

—Pues claro que lo quiero saber —dijo Grace con una sonrisa dándose la vuelta—, me encantaría. ¿Cuál es su nombre?

—Mi nombre es Emma —respondió—. Y mi marido Dorian.

—Encantada señora Emma —dijo Grace tranquila, mientras una idea rondaba su cabeza—. Dígame ¿podría enseñar a su hijo a leer y escribir? Necesito ocupar mi tiempo, pero si a usted no le parece bien...

—Al contrario, nos parece maravilloso la verdad —respondió Emma un tanto avergonzada—. Peter ya nos lo ha dicho y también, que pretende enseñar a sus amigos. Es un gesto muy hermoso suyo y se lo agradecemos. Cualquier cosa que desee, no dude en pedirlo.

—Así lo haré, pero soy yo quien ha de agradecer.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de las dos mujeres, mientras Dorian se acercaba para poner al día a Christopher sobre la casa y lo que en ella habían realizado mientras él no estaba. Presentó también las cuentas en las que se detallaba cuidadosamente, lo que había hecho con el dinero que él enviaba, así como lo que la familia, a la cual le fueron dadas las libras, hizo con el.

A Christopher no le importaba eso, pero sabía que a Dorian sí, por lo que no dudó en soportar el monólogo de fechas, cantidades, nombres y productos.

—¿Me escucha, lord Christopher? —preguntó algo preocupado— ¿Sucede algo?

—Sí, todo está bien —respondió—. No pasa nada. Verá es que no me importa el asunto del dinero. Sé que queréis que vea que lo enviado no se

gasta en nimiedades innecesarias, sé que valoráis lo que hice y lo agradezco, pero yo envío con la única condición de que la casa esté bien cuidada y lo está.

—Se lo agradezco —dijo Dorian—. Todos se lo agradecerán... ¿podemos hacer algo?

Christopher respondió a aquella poniendo al corriente a Dorian de las novedades, respecto al caso del tesoro pirata. Dorian no dudó en ofrecerse voluntario a ir a la casa, e informó de que se aseguraría de que los demás hombres también estuvieran preparados.

—Bien, pero ¿y los demás? —preguntó curioso.

—Los que están al corriente son tres —respondió Dorian— y los tres trabajan en esta casa: yo, el lacayo y el cochero. Los demás hombres no saben nada, trabajaban, pero nada más. De mujeres, la única que lo sabe es la mía y lady Brown, mas ella es una tumba en cuanto secretos.

—Se lo agradezco —dijo Christopher.

Dorian comprendió que había ganado un amigo aunque no lo dijeran. Hablar con él era muy fácil, pero eso le preocupaba, pues un hombre sencillo como él en la ciudad, podía ser un problema, era fácil que se aprovecharan de él, y no quería que eso sucediera.

Conoció a Netty. Era una dulce mujer que crió sola a un niño cuyo mayor deseo era cuidar de su madre, y de las personas que les cuidaban a ellos. Dorian recordaba que Christopher siempre estaba dispuesto a ayudar y aprender, pero era muy inocente. Demasiado. Dejó escapar un profundo suspiro, antes de regresar donde se encontraban y comprender que ya no era un niño, era un hombre y tenía las ideas claras.

Esbozó una sonrisa que llamó la atención de Christopher y preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho?

—Nada, es que recordaba cuando era pequeño, eso era todo —respondió—. Lamento...

—No, es normal —dijo Christopher—. He nacido aquí, todos lo recuerdan y yo también. Sería raro que no fuera así, como también sería raro que no cenaran con nosotros. Por favor.

Dorian aceptó y nada más se avisados de la cena, se pusieron en pie y se dirigieron al comedor en cuya mesa para seis, también tuvieron sitio para Peter, el cual imitó en todo a sus padres para comportarse en la mesa lo mejor que pudo.

Sin embargo, en la cena, no hablaron de lo que iban a hacer, pues con el niño no era algo a tratar, además de que para la noche, preferían un tema más interesante, como lo era la enseñanza para Peter y sus amigos, quienes estaban ilusionados.

Tan ilusionados que apenas pudieron dormir esa noche, pero Peter sí pudo, pues su madre se encargó de ello, aunque fue el primero en levantarse al día siguiente, y preparar la casa para salir, quería empezar y aprender, aunque no tardó en salir corriendo en busca de sus amigos, quienes se presentaron en la puerta de la casa de Christopher antes de que la pareja estuviera lista para bajar, aunque al ver Grace que los niños se encontraban allí, bajó sin peinarse, ante la alegre mirada de Christopher, orgulloso de ver que mientras estuviera liado, ella estaría ocupada.

Mas Grace tenía sus propios planes, y no eran otros que recibir a Megan. Sabía que Christopher adoraba a Megan aunque nunca lo dijera. Era su doncella y mucho más, pero él no lo diría, sería muy irrespetuoso, era algo que ella misma le enseñó, en uno de los largos paseos que daban con Megan detrás:

—Entonces, si quiero alabar a algún criado, ¿cómo se lo digo?
—preguntó en una ocasión— Supongo que más de uno agradecerá las palabras amables al igual que el dinero.

—Puedes decir a los criados lo que quieras, en privado —respondió Grace.

Christopher, escuchaba las palabras de Grace y las memorizaba una a una, ella lo sabía, y conocía que Megan eran una persona maravillosa que, aunque desconocía ciertos detalles, nunca cometía errores delante de nadie que no fuera Grace, le gustaba ir sobre seguro, pero también aprender.

Y por ello, cuando Grace le dijo que les siguiera al día siguiente de partir ellos, Megan no lo dudó y partió.

Grace sabía en la mañana, cuando los niños llegaron que faltaban pocas horas para que su doncella y amiga llegara, pero también sabía que, con al ayuda del ama de llaves, Megan respondía de lo necesario para descansar.

Pero antes, tenía ciertas cosas por hacer empezando por abrir:

—Bienvenidos —dijo al abrir la puerta—, entrad.

Los niños lo hicieron en orden, uno tras otro. Ella les llevó al comedor y les pidió que se sentaran.

—Os traeré leche, bollos, mermelada y mantequilla. Cuando terminemos

de desayunar, entonces comenzarán las clases en la sala contigua —dijo, dejando a los cinco pequeños sentados a la mesa, sin poder creerse la suerte que tenían.

Aunque Grace lo hacía porque deseaba ayudar y estar ocupada. Mientras lo hiciera, no pensaría en nada, y mucho menos, en Regina. Deseaba por encima de todo, sentarse con ella, hablar tranquilas, solucionar las cosas, pero no había modo, todos los intentos fueron fracasos que prefería olvidar.

Aunque el día, le fue muy interesante y ameno, tanto, que se le pasó la mañana con los niños de al manera más rápida. Grace no se dio cuenta, hasta que Emma, el ama de llaves, no informó del almuerzo.

—Lo dejaremos aquí —dijo poniéndose en pie—, pero mañana, si venís a la misma hora, os invitaré a otro desayuno. ¿De acuerdo?

Todos los niños se alegraron con aquellas palabras, obedeciendo a Grace con agrado, a excepción de Peter, quien susurró a Grace la situación económica de una de las niñas:

—¿No puede hacer algo? —preguntó— Su padre no sobrevivirá y su madre no puede trabajar, tiene que cuidar del marido.

—Sí, di a tu amiga que se quede —respondió Grace tras pensar un poco—. Cuando vuelva Christopher ya hablamos y encontraremos una solución.

—Gracias —respondió el niño, antes de salir corriendo en busca de la pequeña, que regresó entre asustada y avergonzada.

Ese día la niña comió con ellos sin que Christopher regresara. De hecho, incluso llegó Megan, sin que él apareciera. Tampoco el cochero ni el padre de Peter, Dorian.

—¿Y cuándo salió? —preguntó Megan extrañada, pues no creía que Christopher fuera de esos.

—Esta mañana, durante el desayuno —respondió Grace—, pero no entiendo, porque ayer dijo el sacerdote que iba a hablar con esa mujer y sacarla de la casa, no entiendo porque se tuvo que ir tan pronto sin que nadie le llamara.

—Tal vez no te ha dicho toda la verdad —dijo Megan con preocupación temiendo lo peor—, quizás te oculta algo, a mí lo del tesoro pirata no me cuadra.

—A mí tampoco, pero ¿qué quieres que haga? Sé que me oculta algo y no sé que hacer —dijo Grace perpleja, consciente de que dudaba de la persona

más importante de su vida, de la única de la que nunca creyó que dudaría.

—Pero Grace —dijo Megan con calma—, no olvides que esto no es Londres, esto es Richmond. Estoy segura, de que volverá y lo contará todo. Intenta relajarte, no lo tires ahora todo al Támesis, si te ha traído, te aseguro no es para abandonarte.

Grace agradeció aquellas palabras con una mirada y una leve sonrisa, que apenas se dejó notar en la comisura de sus labios. Estaba cansada, aunque no deseaba ir a dormir sin que Christopher estuviera con ella, mas el sol dejó paso a la luna y esa luna, dejó paso a la noche, una noche de verano que resultó muy fría. Demasiado fría para ese lugar y esa fecha.

Pero ella no se quejó. Permaneció en el salón, sentada en el sofá, con las cortinas descorridas, esperando que el amor de su vida llegara de donde fuera que estuviera. No derramó una lágrima, tan solo quedó esperando.

—Grace —dijo con dulzura Megan—, es muy tarde. Ve a la cama, es seguro que Christopher estará bien.

Grace no dijo nada, permaneció allí, sentada, esperando a que él llegara, preocupada. El miedo a que la traicionara, a que todo tuviera una explicación sencilla y ella desconfiara sin motivo... No podía conseguir las cosas que quería, pero tampoco podía impedir desear esas cosas, ella amaba a Christopher, deseaba contraer matrimonio, deseaba formar una familia, deseaba tener hijos y muchos años más adelante, se reiría de aquello, pero las cosas, en ese momento, eran de un color negro que apagaba todo.

Hasta que llegó el coche de caballos, y ella no dudó un instante en ir a la puerta, con el corazón en un puño, aterrada y consumida. Pálida cual rosa blanca, abrió la puerta, pero, en cuanto se encontró a Christopher delante de ella, lloró desconsolada sin poder mover ninguna parte de su cuerpo.

—Lo siento mucho Grace —dijo caminando hacia ella—, ven aquí mi vida.

La abrazó con cariño, acariciando su cabello, su brazo, su espalda. Lo hacía de un modo casi desesperante, como si creyera que ella iba a escaparse de él y no volver jamás.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Grace con grandes dificultades para hacer— Tenía miedo.

—Lo sé mi vida, lo sé —respondió él—. Vamos a la cama, estoy muy cansado. Mañana hablamos. Por favor.

—Está bien —dijo ella, sin percatarse de los ojos rojos de su amado y el

temblor de sus manos y su voz. Suponía, era cosa de ella, pero no.

esa noche, las tornas cambiaron un tanto: fue Christopher quien durmió abrazado a Grace, y quien usó el pecho de ella como almohada.

Durmió mal: se quejó, sollozó...

Y cuando llegó la mañana, no se despertó al levantarse ella, quien se vistió y salió para encargarse de los niños, quien no hicieron el menor ruido, pues sabía, por Peter, que el mayordomo, el lacayo y el cochero aún dormían.

—Pero ¿le dejará dormir? Por favor, nos comportaremos bien —dijo Peter—. Por favor.

—Sin favores —respondió Grace—. Christopher también duerme aún. No sé que pasó ayer, pero sea lo que sea, ya lo sabremos. Tened paciencia. Vamos a desayunar y vamos a aprender.

Los niños obedecieron a Grace con cualquier nimia cosa que ella pedía. Se comportaron del mismo modo que el día anterior, con la única excepción de que la niña acudió con una nota de su madre en la cual agradecía la ayuda.

—Di a tu madre que la agradecida soy yo, y que cuando me sea posible, iré a visitarla —dijo ella—. Por el momento, quédate ahora aquí, esta noche te lleva el cochero a tu casa.

—Gracias.

La sonrisa de la niña alegró el día a Grace, quien vio, ya llegada la tarde, que Christopher, por fin bajaba y con mejor cara de la noche anterior.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó, aún rodeada de los niños.

—Sí, gracias por dejar que descansara, estaba agotado —respondió.

—No hay problema, desconozco que te sucede, pero si deseas hablar, estoy aquí —dijo Grace delante de los niños—. Niños, por favor, id a la sala y escribid vuestros nombres.

—Sí milady —dijo Peter llevándose todos los niños.

—Grace —dijo Christopher—, lo lamento mi amor. Lo lamento mucho. Quisiera hablar, pero no puedo.

Grace sonrió. Comprendía que su amado había vivido tal amargura, que no podía hablar. Se imaginaba decenas de circunstancias a cada cual peor, peor no quería creer ninguna, le era demasiado cruel aquello para su amado, pues Christopher era, además de un buen hombre, un inocente que nada malo concebía.

—Christopher, comprende que las cosas no se acaban cuando se deja de hablar de ellas, al contrario, se dejan reposar y siguen hiriendo cada vez más

—dijo ella—. No sufras en soledad, habla. Si deseas que permanezca en secreto, así será. No quieres que hable, pues no hablaré de ello, pero no sufras en soledad, te lo ruego.

Christopher la observó. Aquella mujer era mucho más que una joven de 23 años que quería casarse por amor. Era una mujer que no dejaba de ayudar y ofrecer su mano, era una mujer que no conocía la maldad, que no comprendía la envidia. Tampoco era hipócrita, pero creía que todos era buenos y él sabía, lo había visto, que no era cierto.

El mundo estaba lleno de personas malas, de personas buenas, de personas tan malas como buenas... Claro no lo tenía, pero fuera como fuera, estaba seguro de que Grace era mucho más que una chica buena. Era una mujer por la que merecía la pena luchar contra la tristeza y la sombra de la muerte.

—Grace, el mundo no es ta hermoso como queremos creer —dijo pálido, sentándose en le peldaño de la escalera, sujeto en el pasamano sin mirar a su amada—, pero no quiero que tu vivas triste o amargada. Te lo ruego, no insistas, no lo hagas.

Christopher volvió a llorar en silencio. Lo que había visto y vivido en la casa de Susan no era agradable. Prefería olvidar, mas no podía, era imposible apartar de su mente aquello que sus ojos contemplaron.

—Lo siento Christopher, pero tu puedes seguir llorando. Yo, en cambio, espero y espero lo que tengas que decir. Soy tuya. Te pertenezco —dijo Grace—, mas no nos oye nadie.

—No insistas mi amor —dijo él, mirando a la joven a los ojos y acariciando con dulzura el rostro casi infantil del cual estaba enamorada—. Deja que la inocencia que hay en tu rostro y en tus ojos continúe un poco más. Deja que tus oídos no escuchen tristezas, y no permitas, que las cosas malas del mundo ensombrezcan tu alegría.

Grace, al escuchar sus palabras, no volvió a insistir, aunque a cambio, pidió un favor que él no el supo negar. Se limpió las lágrimas, se puso en pie y la acompañó.

En la sala, sin esperarlo, encontró a los niños que le enseñaban sus nombres escritos en letra clara:

—Peter, Helen, Brian, Arturo y Marie —dijo él, leyendo los nombres—. Os agradezco este hermoso detalle. Id y que vuestros padres lo vean. Mañana volved, para que podáis seguir aprendiendo. Es muy hermoso que os enseñen y que aprendáis. Os ruego que me deis más alegrías de estas, pues estas cosas,

hacen del mundo un poco mejor.

—Sí, señor —dijeron todos al mismo tiempo.

Los niños se marcharon, dejando a la pareja. Solo Peter permaneció en la casa, pero en la cocina, en la compañía de sus padres, los cuales no se alegraron tanto con la nota como lo hizo Christopher, pues parecían tan afligidos como el dueño de la vivienda, pero sin nadie que les pudiera consolar.

El niño quiso encontrar palabras, saber de que hablaron, pero no consiguió más que una bofetada, la primera que le daba su padre. Peter destrozó la hoja con su nombre y salió corriendo de la casa sin que nadie viera que rumbo había tomado.

Grace creyó, en un primer momento, que había sido el viento, pero al ver que las hojas de las plantas no se agitaban, se dirigió a la puerta, pero no vio nada. La calle estaba solitaria, no había más que un perro vagabundo.

—¿Qué sucede? —preguntó Christopher dejando escapar un profundo suspiro, antes de llegar junto a su amada.

—No lo sé —respondió Grace desconcertada—, es extraño. He oído un fuerte golpe y he creído que el viento había abierto la puerta, pero...

—Grace, no hay viento —dijo Christopher con la mirada puesta en ella.

—Eso ya lo sé, pero eso he salido, peor no hay nadie. ¿Qué habrá pasado?

—¡Peter se ha ido! —gritó Emma descompuesta y pálida, saliendo de la casa.

Christopher se acercó a ella e intentó que se calmase, pero la mujer solo podía gritar y llorar por su pequeño, provocando tal bullicio que muchos vecinos se asomaron a puertas y ventanas para ver qué sucedía.

—¡Mi niño! ¡Mi niño!

No había forma de consolarla, ni su marido lo podía hacer, pues en cuanto él se acercó, ella comenzó a golpearle. Lo consideraba culpable de todo lo que estaba sucediendo.

—Emma, no pasará nada, ya verás como no pasa nada, aparecerá pronto —dijo su marido, pese a que ella no quería escucharle.

—Tranquila, iré a por él —dijo Christopher.

—No, no os corresponde a vos, es su padre quien tiene que traerle, es por su culpa que mi niño no está —dijo Emma temblando en los brazos de Megan, quien también salió para conocer que estaba sucediendo.

—Iremos los dos y así damos un paseo, y me aseguro de que Peter no vuelva a huir cuando vea a su padre —dijo Christopher—. Volver dentro, yo también fui un niño y me escapé más de una vez, aunque mi madre siempre me encontraba.

Una sonrisa iluminó brevemente el rostro de Emma, mientras Grace le pedía a su doncella el chal:

—Iré con ellos —dijo tranquila, segura de que, quizás aquello, era al ocasión para poder hablar—. Peter confía en mí.

—Enseguida, Grace —dijo Megan, dejando a la asustada madre con una vecina, para subir por el chal que no tardó en entregar.

—Quédate aquí y no te preocupes, estoy segura de que nada pasará —dijo al tiempo que se le ponía antes de marcharse—. Hasta luego.

—Hasta luego. Tened cuidado.

Grace sonrió y se marchó junto a Christopher. Dorian iba detrás. No le hacía gracia que les acompañara una mujer, pero la afirmación de Christopher hizo que guardara silencio resignado. No entendía la reacción de su hijo por una bofetada de nada, que además se había merecido. No obedeció a las órdenes de sus padres, como tampoco respetó lo que habían hecho el día anterior, si bien el niño no conocía la verdad.

El niño, al igual que los demás, creían que en la casa había un tesoro pirata, pero no tenía nada que ver con aquello. Mas era una gran historia que era muy hermosa y gustaba a quienes la conocían.

Pero...

—¿Por qué le buscamos? —preguntó Grace intrigada— No me importa, por mi no hay problema, pero ¿por qué?

Christopher no respondió y tampoco lo hizo Dorian. Responder a esa sencilla e inocente pregunta, significa tener que contar lo que los dos querían olvidar.

Además, de que no estaban seguros de que ella lo comprendiera.

—Lo siento, lamento insistir, pero quiero una respuesta. La necesito. Y creo que Peter también la necesita, es un niño muy inteligente y muy comprensivo —dijo Grace, quien, aunque sabía que estaba en un mundo de hombres, sabía que el hecho de que Christopher le diera permiso, era una posible oportunidad para conocer que estaba sucediendo.

—Aquí no —dijo Christopher seco—. Cuando llegemos a otro sitio.

Grace permaneció en silencio, a la espera de llegar donde fuera que se

dirigieran, aunque no sabía donde era, mas sí que encontraron a muchos niños en los alrededores del parque, celebrando el hecho de haber escrito su nombre, pero ninguno había visto a Peter.

—Si en el parque no está, creo que iremos al río, tal vez allí podamos encontrarle...

Se dirigieron al río y allí le encontraron, sentado, pensativo, con una canasta a su lado, los zapatos junto a él y los pies en el agua.

—Te toca Grace —dijo Christopher, deteniendo a Dorian, antes de que se acercara al pequeño.

La joven caminó despacio hacia el niño, que permaneció inmóvil, como si desconociera que había sido encontrado. No dijo nada, se mantuvo en silencio hasta situarse a su lado.

—¿Te encuentras bien, Peter? —preguntó con dulzura, sin rogar una respuesta, lo que deseaba era que el niño comprendiera su preocupación.

—Sí, estoy bien —respondió en voz baja—, pero mis padres no valoran nada de lo que hago, quieren dinero nada más. Tiene que haber algo más.

—Claro que lo hay —dijo ella sentándose en la hierba junto al niño—. Hay mucho más, y más importante, pero no todos lo ven. El mundo, las cosas que nos rodean, no siempre son como queremos y lo siento mucho. Peor huir no es la solución, existen personas que te quieren, que se preocupan por ti.

—¿Cómo tú? —preguntó mirándola.

—Sí, como yo —respondió ella—, como Christopher y como tus padres. Sé que tenéis diferencias, pero todos los hijos tienen diferencias con sus padres, es lo normal: somos humanos y diferentes.

—¿Por qué? —preguntó Peter muy interesado en todo lo que ella le contaba.

—Pues porque... Soy mujer, no sé muy bien como explicarte en modo que sea masculino... —dijo Grace pensativa.

—Pues en femenino, creo que lo entenderé —dijo Peter intentando aliviar a Grace.

—Gracias —dijo ella—. Como te iba diciendo, si todos fuéramos iguales, sería algo así a un único color en todas las flores.

Peter se cubrió la cara con las dos manos y movió la cabeza en señal de negación. No quería imaginarse así el campo ni nada semejante. Había comprendido las cosas muy bien.

—Comprendo. Las flores rosas son mis preferidas, pero las rojas

también me gustan y las naranjas son como el color del atardecer —dijo con una amplia sonrisa—. Si hago algo, ¿se enfadará? Grace negó con la cabeza, sin borrar su sonrisa, que aumentó, al recibir el abrazo del chiquillo. También ella le abrazó.

Fue entonces cuando se acercó Dorian a su hijo, el cual, humildemente, pidió disculpas a su padre.

—Tranquilo hijo, la culpa en esta ocasión ha sido mía —dijo Dorian—. No presté atención a tus necesidades y te has enfadado, es normal. Ahora intenta comprenderme, si quieres, estoy seguro de que tú lo conseguirás antes que yo, eres mucho más inteligente que yo. Dime una cosa ¿qué era eso que querías enseñarnos con tanto interés?

—Yo... lo rompí —respondió cabizbajo.

—¿Puedes volver a hacerlo? —preguntó su padre, el cual no comprendía del todo lo que estaba pasando, aunque al ver que la joven había conseguido llegar a su hijo, de un modo que él no logró, decidió que lo mejor era intentarlo a la manera de ella.

—Sí, puedo hacerlo otra vez —respondió algo sorprendido, pero seguro de que Grace había tenido algo que ver.

Regresaron a la casa, y allí quedaron esa noche, pues al necesidad de descansar ganó al hecho de que no hubiera espacio, algo que fue fácilmente resultado, al usarse el sofá de al sala como cama para Christopher, una cama para Grace y Megan, y la otra para Peter y sus padres.

—¿Está seguro de que no desea que sea yo quien duerma en el sofá? —preguntó Dorian con una sábana entre los brazos mientras su esposa arreglaba el sofá.

—No hay problema, he dormido muchas veces aquí. Tranquilo. Peter necesita a sus padres con él —dijo tranquilo, mientras se quitaba los zapatos—. Sé que lo hemos pasado mal, pero encerrarnos en nosotros mismos hace daño a inocentes, no debemos permitir que siga haciendo daño.

—Lo pensaré.

Christopher permaneció allí, sentado en el sofá, con un zapato en la mano. Contempló al matrimonio salir de la sala, sin hablar. Estaba claro que lo sucedido en la casa de Susan iba a seguir haciéndoles daño durante mucho tiempo.

Y más si ellos lo permitían.

Pero cuando él llegó a Richmond, no tenía la menor intención de tener

relación con algo similar, pero la vida, él lo sabía, te da sorpresas no muy agradables, aunque en ciertos aspectos, sí que lo son pues Grace fue una de ellas, mas la encontrada horas antes, no lo fue.

Dejó escapar un profundo suspiro, antes de seguir quitándose los zapatos para poder descansar, cuando Megan hizo su entrada en la sala.

—¿Podemos hablar, Christopher? —preguntó Megan preocupada.

—Sí, siéntate —respondió él resignado.

La testarudez de Grace podía ser un problema si ella fuera la prometida de cualquier otro hombre, peor lo era de él, y él era bastante flexible con ella, algo que no le era extraño a Megan ni a otros conocidos en Londres, pero en Richmond sí había quienes hablaban aunque en realidad, nadie lo hacía en voz baja y de puertas a la calle, pues Christopher tenía muchos conocidos en la ciudad y más de tres o cuatro le debían mucho favores a parte de lady Brown y del sacerdote.

Aunque al ver a la doncella, se preguntaba si la testarudez de Grace se había contagiado a Megan.

—Christopher —dijo una vez estuvo sentada—, sé que no es el momento y menos la hora, pero Grace está preocupada, teme por ti y he de reconocer que yo también. Ella es feliz, te ama. Si tú sufres, ella también. Si a ti te duele algo, a ella le duele. Sabe que ocultas algo que no quieres contarle. Por favor, dime a mi lo que es y juntos, si ella no debe saberlo, encontraremos una solución para que tenga una respuesta.

Al principio, Christopher tan solo la escuchó, pero una vez ella siguió hablando, él la miró. Sabía que Megan no mentía, a ella la mentira le provocaba urticaria, pero no la conocía lo suficiente, como para saber si era capaz de soportar aquello o no.

—Lamentaría lastimarte Megan, te tengo mucho aprecio, y lo sabes —dijo aún observándola.

—El único modo en el que me puedes lastimar, es dándome de lado. De modo que... habla y ya, es muy malo, veremos que le decimos a Grace.

Christopher dejó escapar un suspiro. Decir a Megan que nada diría, era hablar a la pared. Lo sabía, era lo primero que había aprendido en Londres de ella.

—De acuerdo, pero promete que nada dirás a Grace de lo que te voy contar —dijo casi rogando—. Deseo protegerla de esto.

—Te lo prometo —dijo ella firme.

—Está bien —dijo rendido mientras se flotaba las manos—. En una casa pequeña de aquí, se decía que una mujer hacía cosas extrañas. Tenía hijos, pero nadie parecía tener relación con ella, ni los niños salían a jugar o al parque. Estaba casada, pero su marido no hablaba con nadie. Un día, el hijo mayor, que tendría unos 14 años, desapareció. Susan dijo que su marido había encontrado al niño en otra ciudad un trabajo. Nadie prestó atención, pues era normal, y del niño no se supo más. Pero había dos niños más, una niña de unos 7 años y otra de 5 años. Años después, tendría una 14 y la otra 16, desaparecieron. Cuando me marché a Londres ella estaba embarazada, a punto de dar a luz, y ahora, el bebé y el marido han desaparecido. Ella huele a perfume y su casa tiene una sala menos. ¿Tú que pensarías? Yo no quería hacerlo.

Megan palideció. Creyó que se mareaba, pues aquello era demasiado tanto para ella quien le obligó, ¿a quién iba a quejarse?

Calló y esperó a que Christopher prosiguiera con su historia:

—Hablé con el sacerdote. Grace vio conmigo, de modo que me tuve que callar y contar la historia que decidimos contar, ocultando la verdad. Pero a primera hora de la mañana fuimos el cochero, el mayordomo, el lacayo y yo junto al sacerdote. Acudimos, sacamos a Susan. El lacayo quedó con ella. El cochero, el mayordomo y yo, tiramos la nueva pared que ella misma construyó, no sabemos cómo, y... cuando lo hicimos, toneladas de miles de libras se mostraron. Había monedas por doquier y telas que nada más que en Londres he visto. Artículos de plata, oro y bronce, perlas y otras joyas. De madera los muebles y de todo tipo, pero también había algo terrible: un cuerpo sin vida en un rincón con un bebé en los brazos.

—Un momento —dijo Megan, que no terminaba de comprender—. ¿Había tapiado la sala para ocultar un tesoro y un crimen?

—Sí, así es —respondió con las lágrimas saltadas.

—Lo siento mucho Christopher —dijo apagada—. No puedo imaginar lo que debiste pasar. ¿Cómo..? ¿Para qué?

—No lo sé —respondió él—. Sé que vi, sé que había, pero..

—Lo siento mucho...

Christopher rompió a llorar en silencio. Megan de inmediato le tomó entres sus brazos, intentando consolarlo, aunque desconociendo como podía, cuando ella misma quería llorar, pero si las tornas fuesen diferentes, sabía que la consolaría.

Sin embargo, Megan era experta en colocar a mujeres, apenas había tratado con hombres, ¿cómo consolarlo? Quedó junto a él temiendo que Grace les encontrara y creyera algo que no era, pero aun así, deseaba apareciera, para poder saber el modo de que se sintiera mejor.

Mas Grace no podía hacer tal cosa. Se encontraba detrás de la puerta de la sala, con las manos tapándose la boca, para que nadie escuchara su llanto desconsolado, junto a Emma, el ama de llaves, que por fin comprendía que dañaba a su esposo y provocó que golpease a su hijo.

La visión del dinero, las joyas, la madera, las telas y aquellos cadáveres... Aquello era demasiado para todos, comprendía que callasen y se sintieran extraños. Que desearan estar solos. Que llorasen. La apariencia lo era todo, pero tras esa historia, a ellas les importaba poco. Nada. Los hombres que ellas amaban padecían por tener un corazón puro y las preguntas que quedaban en el aire preferían no realizarlas en voz alta. ¿Qué podían esperar respecto a ese niño? ¿Y a las chicas?

—Comprendo que Dorian golpease a Peter —dijo el ama de llaves—, ¿que le digo a mi hijo?

—Que la historia era falsa. Creyeron la historia y se sienten mal porque era falsa —respondió Grace sin alzar la voz—. Vayamos a la cama y mañana, hablamos, que no sospechen.

Para ellas era fácil hablar, el problema estaba en poder descansar y luego poder hablar sin mostrar nada. Aunque también era complicado para ellos, pues habían visto lo más escalofriante de sus vidas, e incluso el lacayo, un chiquillo de no más de 16 años, que trabajaba ayudando al cochero.

Peter también quería trabajar como lacayo, pero aún no podía, era muy pequeño y no había sitio para él, su puesto debía ser escogido por Christopher, si finalmente le acogía a su servicio.

Eso llevaba un poco de paz y ánimo al matrimonio, aunque tras lo visto ¿qué eres el bebé? Se encontraba en tal estado de descomposición que se extrañaban de que el olor no hubiera llamado ala atención de quienes pasaban cerca.

Pero nadie dijo nada al respecto y ninguna de las mujeres se atrevieron a ello, aunque Megan, que permanecía allí, no habló.

Siguió en silencio, a la espera de poder consolarlo, aunque no entendía muchas cosas, excepto que se alegraba de que hubiera ocurrido allí y no en Londres.

Sabía que en Londres el escándalo sería brutal, sería... Dejó escapar un profundo suspiro pero no habló. Se quedó allí toda la noche.

En silencio.

Christopher se durmió. Ella le vigiló con cuidado. Temía lo que la gente pudiera decir si se enteraban, pero sabía que, si se callaba y salía de la sala antes de que él se despertaba, nadie lo sabría.

Y, si se lo explicaba a Grace, ella lo comprendería. La inteligencia de Grace era muy alta, tanto o más, que su belleza, su humildad y su corazón.

Eso la serenó, como también la serenó el contar a Grace todo y ver que una sonrisa iluminaba su rostro.

—Lo sé muy bien Megan —dijo Grace—, escuché la conversación y sé toda la verdad, pero, tras permanecer toda la noche pensando, he decidido que voy a vivir la vida que he deseado. Amo a Christopher.

Él nunca me dirá nada, cree que yo no le corresponderé, cree que debe decirme algo determinado.

—¿Y qué va a pasar ahora? —preguntó Megan.

—Nada, le ofreceré mi mano y mi vida. Eso será suficiente —respondió—. Trae mi mejor vestido.

Megan no tardó en obedecer. Tomó el vestido color celeste de Grace. Un vestido de manga corta abullonada, largo hasta los pies dejando ver el calzado plano. Adornado con un ribete en las mangas y en el escote del color del lazo que llegaba hasta la cadera y era en tono verdoso.

—¿Te dejo el cabello suelto o te lo recojo? —preguntó Megan, que no se decidía.

—Recoge un poco, no mucho —respondió Grace con una sonrisa, dispuesta a hacer que su amado disfrutara un poco—. Y por favor, ocúpate de los niños y de que Helen se lleve la comida a su casa, pero después de comer aquí.

—Por supuesto, yo me ocupo.

Megan estaba encantada, era consciente de que Grace quería conquistar a Christopher, aunque no le iba a resultar fácil, pero ella lo quería y lo merecía. Además, con el cabello recogido en diversas trenzas, que dibujaban un patrón, para dejar algunos mechones sueltos, no habría hombre que se le resistiera.

Y, Christopher, cuando la vio bajar, sonrió al verla. Se acercó a ella, le tendió la mano y cuando estuvieron uno frente al otro, la abrazó y besó con pasión.

—Te amo, no te marches nunca, no me dejes —dijo casi rogando.

—Pues vivamos por y para nosotros —dijo Grace mientras le abrazaba—. No digo que no ayudemos, pero vivamos primero por nosotros, si lo hacemos, podremos ayudar más.

—Te comprendo. Creo, no estoy seguro —dijo dejando escapar una risa nerviosa—. ¿Me ayudarás?

—Claro que sí —respondió, antes de darle un beso en los labios, que él agradeció, dando uno igual de pasional.

Para Christopher, durante un momento, el beso fue como una ola que arrastraba muy lejos la pena, las dudas y los malos recuerdos.

—Grace, por favor —dijo—. Ayuda que hoy no sea tan malo como ayer.

Ella sonrió. Tenía sus propias ideas respecto a lo que iban a hacer, pero no iba a decir nada, para que no supiera la verdad, pues después de todo, su deseo era sorprender.

—Claro, pero una cosa, no digas nada, no preguntes nada y sígueme, aunque me gustaría que fuéramos con el coche de caballos —dijo con una sonrisa.

—Como tú desees —dijo él.

No tardaron en subir al coche de caballos con una cesta de comida. Christopher no dijo nada, Grace le había dicho al cochero donde quería ir, pero él prefirió seguir a su amada.

Pero Christopher reconoció el lugar nada más acercarse, pues fue allí mismo donde su madre le prometió que siempre estaría con él, que nunca le abandonaría, que pasara lo que pasara, nunca estaría solo.

Una amplia sonrisa iluminó su rostro mientras acariciaba las crines de uno de los caballos, ya que el coche les seguía de muy cerca. Había comprendido lo que hasta entonces no había terminado de digerir del todo.

—Las cosas pasan por un motivo, nunca es por capricho, nunca es por una maldición, nunca es por cosas al azar, el azar no existe —dijo en voz baja, sin explicar bien lo que quería decir, pero por algún motivo, creía que ella ya le comprendía.

Y su creencia no era incierta, en absoluto, pues Grace le comprendía muy bien, también ella empezaba a unir los puntos de su vida. Ya lo había hecho en otras ocasiones, mas en ese momento, esos puntos formaban un corazón grande y resistente.

—¿Te gusta el lugar? —preguntó Grace

—Me encanta.. mi madre me traía aquí los domingos —respondió—. Ahora tú te añadirás a esos recuerdos. Te amo Grace.

—Y yo a ti también.

Sin alejarse mucho del coche de caballos, se volvieron a fundir en un beso, sin ser conscientes de que no muy lejos de allí, un coche de caballos pasaba, sin perder de vista a la pareja en aquel hermosos paraje.

Eran felices en aquel lugar no existía nadie más que ellos mismos. Se sentaron sobre una manta bajo la sombra de un frondoso árbol. Los pájaros cantaban y un suave viento se levantó meciendo las hojas de los árboles como si meciera lo más delicado de la naturaleza.

Los dos permanecieron allí mientras el cochero descansaba, cerca, con los caballos bajo otro árbol y el coche cubierto. Él se quedó junto a los animales, sobre una pequeña manta. Para él también había comida en otra cesta, pero el ama de llaves volvió a olvidar que a él no le gustaban las zanahorias, y antes de comer, se encontró en la necesidad de quitarlas una por una, aunque por suerte, los caballos si se las comieron sin dejar ninguna.

Christopher y Grace lo contemplaron sonrientes, no dejaba de ser una escena llena de contemplación hacia otros seres, y de compasión hacia la cocinera, a la cual se le olvidaban ciertos detalles a menudo, sobre todo, desde que se marchó su hija a Londres.

—Creo que algo pasó, pero no deseo inmismirme, tengo la lección muy aprendida ya —dijo Christopher con resignación—. De todos modos, ya cuando vaya a la ciudad sabré de todo.

—¿Vas a Londres? —preguntó Grace extrañada.

—Sí, claro —respondió—. ¿Tú no quieres ver a tus padres?

—Sí, eso sí, pero es que Londres...

—Grace, una vez ves otros lugares, no siempre quieres volver a Londres, y nada más que volveremos para que tus padres te vean y podamos cerrar ciertos detalles —respondió, dejando ver que si iban, sería para ayudar a que su amada no estuviera ni se sintiera alejada de los suyos.

—Sabía que hacía bien al venir contigo —dijo al tiempo que colocaba su cabeza en el hombro de él.

Christopher no respondió, mas conociendo lo que a ella le gustaba, tomó un libro que había llevado y leyó en voz alta, hasta que les llegó la hora de comer, y saborearon con placer lo que les habían preparado, aunque no dejaron de hacerlo con agrado pese a que no les había mucha gracia el hecho

de tener un pastel de zanahoria.

—¿Y si se lo doy al caballo? —preguntó pensativa.

—Se volvería loco, pobre —respondió Christopher echándose a reír a carcajadas.

Grace le observó orgullosa. Su idea había resultado un éxito, pues quería que se relajara, que se sintiera mejor, que estuviera bien y lo había conseguido. Su amado volvía a reír, a tener color y a bromear, aunque sabía que el primer paso siempre iba seguido del segundo.

—Prueba el pastel, estoy seguro de que te gustará, está bueno —dijo él—. Tu lo pruebas. Si aun así, no te gusta, se lo damos a quien nos encontremos.

Grace se resignó, pues antes sí que le gustaba, pero el último día que habló con Regina, la cocinera había puesto un pastel de zanahoria en el alféizar de la ventana para que se enfriara, y desde entonces, el pastel la ponía triste, acabando por cogerle asco.

Pese a todos, lo intentó, pero a muy duras penas consiguió tomar un bocado.

—Déjalo Grace —dijo Christopher al ver que ella no podía—, siempre hay quien lo quiera.

—Pero es mejor que lo intente, el recuerdo siempre estará conmigo —dijo ella, probando bocado, pero tragando sin masticar—. Lo siento...

—No llores Grace —dijo Christopher—, me gusta verte sonreír.

Le dio un beso en la mejilla antes de quitarle la porción de pastel y guardarlo.

Grace sonrió. Se limpió las lágrimas y esperó a la reacción de su amado, aunque quedó sorprendida al ver que se ponía en pie y le ofrecía su mano:

—Ven conmigo, te llevaré a un sitio —dijo esperando con paciencia.

Grace aceptó su mano y se puso en pie, dispuesta a seguirlo donde él quisiera, aunque la curiosidad la tentaba a preguntar. Sin embargo, se mantuvo en silencio hasta llegar al lugar que él le señaló.

—¿Qué lugar es este? —preguntó intrigada— Es un sueño...

Grace soltó la mano de su amado, comenzando a caminar por el lugar; un hermoso jardín, donde los árboles frutales se mostraban orgullosos y altaneros, con sus hojas verdes y su fruta reluciente, ofreciendo un aroma fresco.

El jardín se encontraba vallado, no muy bien, pero con madera buena y

bien situado. El río no estaba lejos.

—Esto pertenece a los Jones, pero ellos no le prestan atención, no recogen la fruta ni cuidan los árboles. El sacerdote lo sabe y habló con lord Jones —dijo Christopher, al tiempo que tomaba una pera—, y él dejó esto para el pueblo. Cuando los niños vienen a pescar, vienen aquí y se llevan alguna pieza. Esa casa —dijo señalando con la mirada una pequeña—, es donde vive quien cuida esto. es un muchacho que no está bien, pero cuida del jardín y tiene suficiente para vivir. A veces pide algo a cambio de que se recoja la fruta, pero entonces lo gasta en comprar más comida, ropa, velas... no malgasta, es un buen muchacho.

—¿Y por qué no sale? —preguntó Grace aceptando la pera que Christopher le ofrecía.

—Porque estará en el pueblo comprando algo, o habrá ido a ver al sacerdote, a veces va a verle y así habla con alguien, pero le dejaremos el pastel de zanahoria ¿qué te parece?

—Perfecto. Aunque no sé por qué no cuidar de esto, no sabía que los Jones lo tuvieran —respondió Grace terminando de comerse la pera—. Me he quedado...

—Lo siento —dijo Christopher tomando otra pera—, no era mi intención.

—Tranquilo, me alegro que sirva para algo, y que me lo enseñes —dijo Grace—. Prométeme una cosa. Promete que nunca me ocultarás nada.

—Te lo prometo —dijo esbozando una sonrisa y acariciando con la mano derecha, el rostro de su amada.

Cogieron un par de peras más y se dirigieron donde el cochero, quien aceptó con agrado la pieza de fruta, y se la comió antes de iniciar el viaje de vuelta.

—Christopher —dijo Grace antes de subir—. Dime una cosa ¿por qué me has traído a Richmond?

—Porque este lugar es importante para mí y no deseo comenzar mi vida sin cerrar otros capítulos. Richmond es mi hogar, Londres no es mi casa, es la de mi padre —respondió ayudándolo a subir al coche—. Deseo que me conozcas bien antes de casarte. Soy un hombre, sencillo, normal, simple. Nada tengo que ver con la clase alta, pero tú sí. Tanto si te casas conmigo, como si decides no hacerlo, yo te pagaré la ayuda que me des para conocer los diferentes modos de tratar a los londinenses.

—Christopher, no tienes que pagarme nada, y me casaré contigo con mucho gusto —dijo con una sonrisa—. Además, mi reputación está manchada desde que Regina y yo nos subimos al coche de caballos contigo, el día que me regalaste el vestido rosa.

—¿Sí? Yo... Lo siento, no... Lo siento... —preguntó él extrañado y preocupado— Entonces... Regina...

—Sí —respondió Grace con normalidad—. Pero a mí no me importa. Respecto a Regina, es mejor así, de ese modo, ella no podrá seguir esperando a que la vida se lo de todo sin mover un dedo, se verá en la obligación de actuar sí o sí. Las mujeres no podemos tomar nuestras propias decisiones en determinadas cosas, pero si los padres no lo hacen, es el momento de que nosotras lo hagamos. Y para ella, es el momento. Le he dado la mano muchas veces, pero nunca la ha cogido, supongo que es normal, cuando vives con personas que nunca hacen nada, supongo que tú tampoco.

—Supongo que sí, pero te lo agradezco, estoy segura de que Regina se dará cuenta. Confía en mí —dijo ella mientras le daba un beso Christopher con cariño en la mano sin guantes—. A ver como le ha ido a Megan con los niños.

—A ver, ¿crees que bien? —preguntó él intrigado— ¿Habrá sabido llevar bien a todos?

—Pues claro, es una buena chica y una excelente ayuda, enseguida sabremos que le ha pasado con los niños, pero son muy buenos estoy segura de que todo ha ido bien —respondió Grace con una dulce sonrisa—. Por cierto, ¿qué va a pasar con el dinero que habéis encontrado? Supongo que lo repartiréis entre los más necesitados ¿no?

—Pues esa era la idea, pero antes hay que intentar localizar a las hijas de Susan. Tengo la esperanza de que encuentren en Londres, incluso al chico —respondió él mientras el coche de caballos iba despacio por delante de las primeras casas.

—Eso sería maravilloso —dijo Grace—. Espero que lo consigan.

—Se ocupa de ello un vecino que antes fue policía, al cual se lo ha pedido el sacerdote. Ese vecino parte hoy mismo, creo que está a punto de irse, si tú quieres que le lleve un mensaje a tus padres... —dijo Christopher, invitándola a ello con dulzura.

—No, yo misma les escribiré una carta. Él bastante trabajo tiene buscando a esos jóvenes —respondió ella, acomodándose en el sitio con su amado—. Ahora, lo único que deseo es estar así, tranquilos y juntos. Hoy ha

sido maravilloso.

—Me alegra mucho saberlo —dijo él con una sonrisa—. Mañana me gustaría hablar a los niños. Tú lo tienes todo controlado con ellos, ¿algún consejo?

—Trata a los niños como niños, eso es todo. Sus familias les dan muy pocos días antes de que empiecen a trabajar, pero si podemos evitarlo, me gustaría que no trabajasen —respondió Grace con la cabeza echada en el pecho de Christopher—. Son pequeños, les pagan pocos y son muy útiles sin trabajo.

—Verá que puedo hacer —dijo Christopher—. Dime una cosa ¿qué caso es el más urgente?

—Pues es el de Helen —respondió ella sin dudar.

—Ponme al día, por favor.

Grace no tardó en contar a Christopher todo cuanto sabía de la niña y su familia, mientras el coche de caballos se iban acercando despacio a la vivienda, en cuya puerta, Megan y los niños les esperaban.

Nada más bajar Grace del coche de caballos, los niños salieron corriendo en su encuentro, lo que provocó una amplia sonrisa en los rostros de todos los presentes.

—Te echábamos de menos —dijo Peter emocionado, realizando grandes esfuerzos por no gritar, hablar rápido o parecer excesivamente ansioso con lo que relataba—. Megan nos ha contado muchas cosas y hemos ido a la tienda. Todos hemos comprado algo y hemos sabido si el hombre de la tienda nos ha dado bien el dinero o no. y también hemos ido a que nos hagan ropa. A nosotros nos van a coser camisas y chaquetas. A Helen y Marie, un vestido.

—Me alegro muchísimo por vosotros —dijo Grace sonriente—. Estoy deseando veros con la ropa nueva, y también saber de que os ha hablado Megan.

Caminaron hacia el interior de la casa, donde los niños se atropellaban por contar lo que habían aprendido, incluso se corregían uno a otro, ante la mirada complaciente de Megan y de la pareja.

—Os habéis comportado muy bien, estoy muy orgulloso de vosotros y, por ello, mañana, quiero empezar a hablar con vuestros padres. ¿Puede ser? —preguntó Christopher— Me gustaría ir yo a vuestras casas y hablar en privado con vuestros padres.

—¿Y los míos? Trabajan aquí —dijo Peter intrigado.

—Por eso serán los últimos —dijo Christopher tranquilo—. Ahora, a cenar y el cochero se encargará de llevaros a vuestras casas. Peter, tú y tus padres os quedáis aquí.

—Yo también quiero quedarme —dijo Helen—. Puedo ir a mi casa a decir a mi madre que me quedo y... Por favor.

—Muy bien. Ve a tu casa, que te acompañe Megan y luego volvéis —dijo Christopher—. Y de paso, Di a tu madre, que iré pasado mañana.

—Sí. Gracias.

La niña obedeció sin mostrar ningún entusiasmo, aunque estaba feliz, amaba estar en esa casa, no quería saber nada ni de su madre ni de su padre, estaba segura de que todo se podía haber evitado, y no deseaba estar en un lugar donde no hubiera la menor palabra ni la menor mirada hacia ella.

Pero pudo comer hasta saciarse, vestirse un camisón nuevo y limpio, dormir en una cama cómoda y sin que nadie la despertara llorando. De hecho, cuando llegó la mañana, ni los rayos del sol, consiguieron sacarla de su sueño. Mas Megan no lo intentó, una vez se vistió, no dudó en echar las cortinas para que el sol no entrara, dejó la puerta un poco abierta y se unió a Grace para ayudarla a peinarse.

—¿Has dormido bien? —preguntó Grace mientras Christopher le subía la cremallera del vestido, una vez Megan entró.

—Sí, muy bien —respondió Megan—. He tardado en venir porque no quería despertar a Helen, está durmiendo tan tranquila que me daba pena. Espero que no te moleste.

—Al contrario —dijo Grace—, ya sabes que Christopher no pone ningún impedimento en subirme la cremallera.

Megan no tardó en comenzar a peinar a Grace, mientras le contaba todo lo que había sucedido en la noche, que no fue mucho, al contrario. Pasó tranquila, sin problemas. La niña se durmió de inmediato.

—Bueno, que duerma, solo ella sabe lo que ha padecido —dijo Grace—, nosotros hasta mañana no sabremos mas de lo que ya sabemos.

—Eso es cierto —dijo Megan—, pero ¿te ha molestado por haber yo llevado a los niños a tener ropa nueva? Sé que hice mal, pero estaban tan tristes que...

—Megan, tranquila —dijo Grace—. Hiciste lo que creíste mejor y me parece perfecto, no te agobies, vamos a desayunar algo, tengo hambre.

Bajaron y comenzaron el día tranquilas sin más problemas que uno de los

niños no se presentó. El cochero acudió y allí encontró que el niño cuidaba de su hermana recién nacida. La madre no había sobrevivido. El cochero no tardó en recoger las cosas de los dos niños y llevarlos a su casa. Dejó a dos vecinos con el recado para cuando el padre regresara, pero aquel hombre no regresó.

Nunca lo hizo.

Los días pasaron sin noticias y los padres de los niños recibieron a lord Christopher en sus casas sin poner pega alguna, aunque sí dejaron caer la importancia de que los niños trabajasen.

—Lo sé, y por eso, daré de comer dos veces al niño —dijo con firmeza, mientras sonreía—, pero no debe trabajar.

—De acuerdo.

Todos accedieron, a excepción de la madre de Helen, quien se esforzaba en cuidar y acomodar a su marido, el cual difícilmente, iba a poder apreciar lo que hacía por él.

—Por favor, necesito que me preste atención —dijo él insistente, sin el menor éxito. Conocía la historia de amor de la pareja, pero también las necesidades de la niña, a quien no quería ver ganándose la vida en los barrios bajos de Londres.

—He de cuidar de mi esposo. Hable con Helen, ella sabe de todo.

—Helen es una niña, ¿no se ha dado cuenta?

—Mi esposo está enfermo. El médico no sabe que hacer, no responde a la medicina, nada más que respira. Ni me mira. Es todo lo que me importa.

—Bien —dijo él—. En ese caso... Helen se quedará en mi casa, este no es lugar para una niña.

Él mismo recogió la ropa de la pequeña, y se marchó con ella sin decir nada, aunque la niña sí que dijo, gritó, lloró, golpeó... pero nadie le dijo nada. Ni se le acercó, sabían el motivo de su dolor y comprendían que debía sacarlo fuera.

Una vez se tranquilizó, se limpió las lágrimas con las mangas y se acercó al ama de llaves:

—Quiero que me enseñe a ser una dama. Estoy dispuesta a todo. Usted enseñe, que yo trabajo —dijo con firmeza la chiquilla, a sus diez años—. Diga y yo hago.

—No pequeña, tú tranquila. Ve con Megan, mientras yo te preparo una cama —dijo Emma— donde duermen y comen dos, duermen y comen tres. Megan me ayudará a que seas lo que quieres ser, si ella así lo desea.

—Por supuesto que sí —dijo Megan sin pensarlo dos veces.

—¿Y si se va a Londres? —preguntó Helen mirando a la doncella.

—Helen, si me voy a Londres, te escribiré a menudo con instrucciones. Cuando tengas 18 años serás presentada en sociedad como una dama de clase privilegiada.

—Helen —dijo Christopher serio—, yo me encargaré de que cuanto te ha dicho Megan se cumpla, y de que cualquiera de vosotros, niños, no tenga falta ni de comida, ni de ropa ni de una educación.

Siguió hasta que terminó, y luego permaneció sentado en la cocina, con el pensamiento destrozado, temeroso de todo cuanto acontecía y preocupado por Grace.

—Dígame una cosa, lord Christopher —dijo la cocinera—, ¿qué le preocupa? A veces, si se habla con alguien del exterior, se pueden ver las cosas de otro modo.

Christopher la observó. No pudo evitar una sonrisa falsa, pero sí que controló un poco el movimiento involuntario de sus manos, aunque la cocinera no prestó mucha atención a ello, mas bien quedó sentada frente a él a la espera de una palabra, que, sin embargo, no terminaba de salir.

—Lord Christopher —dijo al ver que él no hablaba—. Ama a Grace, de lo contrario no la hubiera traído. Cásese con ella. Así de sencillo. Díglele a ella que elija una fecha. Yo mismo puedo preparar el banquete y no me faltarán ánimo ni personas que quieran ayudarme. Respecto al vestido, la costurera de ahí frente estará encantada de coser un vestido de novia. ¿Qué le detiene?

—Gracias —respondió Christopher—, supongo que el miedo. No lo sé. Tengo miedo de no ser un buen marido para ella, de no ser un buen padre para los hijos que tengamos. No he tenido un padre ¿cómo podré ser uno bueno para mis hijos?

—¿Qué le hubiera gustado ver entre su padre y su madre? Pues haga con Grace eso mismo —respondió al cocinera con total naturalidad— ¿Qué le hubiera gustado que su padre hiciera con usted? Pues hágalo con sus hijos.

Christopher la observó. Sus palabras parecían de lo más sencillas, pero eran también muy complejas, pues estaba en las mismas, ¿y si él no sabía hacer bien las cosas?

—No lo sé, no confío en mí mismo —dijo cabizbajo.

—Pues creo que ya es hora —dijo la cocinera—, ha hecho mucho pro la ciudad, por las gantes, por... Confíe en usted, si cree que no puede, hágalo por

Grace, ella sí confía, de lo contrario, aquí no estaría. Y, si aquí no se confiara en usted, no tendría aquí a esos niños. Además, se habla muy bien de usted en Londres.

—¿En Londres? —preguntó extrañado.

—¿Acaso no lo sabe? —preguntó la cocinera extrañada— La cuñada de lady Brown, es modista en la ciudad, y viene un representante de la ciudad a repartir en persona, ciertos alimentos no perecederos a la tienda. La mujer habla a menudo de lo que sucede, y el representante, también.

—Vaya, al menos todo está bien —respondió—. Gracias por el ánimo.

—Nada, vaya con ella, yo me ocupo de la comida —dijo poniéndose en pie con una sonrisa.

Christopher no pudo evitar sonreír. Se acercó a ella, la tomó de las manos y le dio un beso en la frente, aunque de dirigirse en busca de Grace. Ya era hora de hacer lo que había ido a hacer allí, y no era localizar a desaparecidos y ayudar a niños, aunque estaba orgulloso de ello.

Y mientras sonreía, caminaba despacio por la casa. Cuando era pequeño, la casa le resultaba enorme, pero a medida que iba creciendo, la casa iba haciéndose más pequeña, hasta casi parecer una cueva, pero desde que había regresado con Grace, la casa volvía a ser lo más hermoso y grande que había vivido y visto.

Era tan grande, que creía que podía acoger en su interior a todos los vecinos, aunque no parecía que pudiera ser así.

—Tengo miedo —pensó para sí mismo—, pero debo confiar en mí, de lo contrario, Grace puede pensar mal.

—¿De qué habla? —preguntó extrañada el ama de llaves— ¿Sucede algo? Por favor, hable.

—No pasa nada —respondió—, lo que sucede es que quiero pedir algo a Grace, pero tengo un poco de miedo, desconozco si querrá o no.

—Cuando mi marido... Venga, que no se entere Grace —dijo ella, invitándolo a que la acompañara al exterior, sentados en el jardín, protegidos por la sombra de uno de los frondosos árboles del lugar, frescos con la brisa del verano—. Siéntese.

Christopher obedeció. Estaba seguro de que Emma era una voz que podía ayudarle.

—Cuando era más joven, amaba a Dorian más que a mi propia vida. Yo caminaba todos los días delante de su casa, hasta que un día, un joven vino a

casa con una nota que aún conservo, en la que me invitaba a que quedásemos en la orilla del río Támesis —habló Emma con pausa, sin prisa, permitiendo que cada una de sus palabras, se gravasen en la mente de Christopher—. Recuerdo que me quedé perdida un buen rato, pues temía que estuviera molesto conmigo, pero me arreglé lo mejor que pude, y fui. Cuando lo hice, él me sonrió. Se arrodilló delante de mí, me pidió la mano y nos casamos a los pocos días. Fue una boda pequeña, pero lo fue y muy hermosa. Cuando él me puso el anillo —dijo tocándose la alianza—, sentí que pertenecía al mundo, que había un lugar para mí, y que los sueños, son algo muy especiales, pues se cumplen si lo deseas en verdad.

—Comprendo —dijo Christopher—, quiere decir que, pese al miedo, si algo es especial y se hace bien, entonces todo es posible.

—Exacto.

Christopher quedó en silencio, observando el horizonte. Era en ese momento cuanto más necesitaba a su madre. Ella siempre estuvo con él cuando él la necesitaba..

—¿Cómo puede una persona vivir sin el apoyo y el consejo de una madre? —preguntó sin esperar una respuesta— Echo tanto de menos a la mía...

—Y ahora, lo hará más, pues al necesitará para pedir consejo, y para saber cosas tan nimias que en otras circunstancias harían que le entrara la risa —respondió ella—. Mire, le diré una cosa, yo no sé cómo una persona puede vivir sin el apoyo y el consejo de una madre, yo tuve a la mía hasta después de nacer Peter, pero sé que hay personas que han tenido una madre, pero nunca han podido con tar con nadie, nunca han podido hablar con ella y nunca han podido pedir consejo. Viven desconociendo que camino coger y que decisión tomar, pero siguen adelante como pueden. Algunos cometen errores sin ser conscientes de ello, y otros... Otros ni se dan cuenta de lo que hacen.

—Me dan pena —dijo Christopher apagado—, ojalá los padres se dieran cuenta de su importancia para los hijos, y, el que no se diera cuenta, no debía ser padre.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo cual una sentencia Emma.

Christopher esbozó una sonrisa leve. Comprendía que los padres con el trabajo, el Club, las relaciones sociales y los viajes provocarían más de un día agotador que no daba para estar con los hijos, pero las madres y las institutrices estaban, mas empezaba a pensar que, quizás, su modo de ver las cosas no era el correcto.

—No piense mal ni dude, siga su corazón, aunque se alargue su sombra como la de un ciprés, siga —dijo con una sonrisa mientras le observaba.

—Seguiré —dijo sereno—. Seguiré, pero... ¿cuándo conviene?

—Escuche a su corazón —respondió—. Escuche todo cuanto le diga y no dude en hacer caso. El corazón no se equivoca.

Christopher le dio un beso en la frente, antes de entrar en al casa mientras Emma veía, sentada en el banco, el sol ocultarse para dar paso a la noche, orgullosa de haber podido ayudar a alguien que se lo merecía.

Pero Christopher estaba orgulloso de Grace y casarse con ella era todo lo que necesitaba en el fondo, pues estad con ella lo era todo. Mas cuando vio a la joven, esta no le vio, se encontraba pendiente de los niños, que en un papel, escribían con la mejor letra de la que eran capaces, lo que en el futuro, querían hacer.

—Muy bien —dijo Grace—, ahora, introducir ese documento, cada uno en un sobre. Lo cerráis y lo guardáis aquí.

Grace mostraba una pequeña caja de metal con una llave. Los niños no tardaron en obedecer, y ella la cerró.

—La colocaré aquí mismo —dijo, con la caja entre las manos situando la caja en la estantería, pero en alto—. Y cuando pase un año, la abrimos, a ver que distancia del sueño estáis o si habéis cumplido algo. Si es así, debéis escribir otro y, si por el contrario, no habéis podido cumplir ninguno... Entonces, simplemente, os esforzáis un poco más. Recordar que debéis felicitar de corazón a quien cumple sus objetivos, pero si alguno no lo cumple, no os riáis, no os burléis. Apoyarle. Cada uno de vosotros ses diferente al otro, y los objetivos también. ¿Lo habéis comprendido?

Todos dijeron que sí, eran muy espabilados y bastante inteligentes. Grace estaba segura de que se convertirían en hombres y mujeres de gran provecho para el mundo, en especial, para el futuro de Richmond.

—También yo lo he comprendido. Y no puedo menos que felicitar me pro haber puesto los ojos en una dama como tú —dijo Christopher, cuando vio que Grace ya se encargaba de colocar al caja en un lugar privilegiado—. Dime, ¿te puedo pedir una cosa?

—¿Qué cosa? —preguntó Grace extrañada.

Christopher se le acercó. La tomó de la cintura y clavando en ella la mirada, le sonrió:

—Pongamos fecha para la boda —dijo entre susurros, besándola en los

labios, ante la mirada de la joven, que no tardó en devolver el beso.

Los niños quedaron perplejos. Ya suponían que iba a ver boda, pero nunca imaginaron que sería en Richmond delante de ellos.

Además, se les veía felices.

Muy felices.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó uno de los niños.

—¿Dónde se van a casar? —preguntó otro.

—¿Vivirán aquí? —preguntó una de las niñas.

—¿Podemos asistir? —preguntó el otro niño.

—¿Tendrán un bebé? —preguntó la otra niña.

Las preguntas de los chiquillos no tenían maldad alguna, eran niños inocentes que deseaban obedecer y seguir los pasos que seguían aquellos que tanto les daban.

—Bueno, responde Grace —dijo Christopher acariciando el rostro de la joven, antes de tomarla de las manos y besadlas—, yo haré lo que desees.

—La boda será el 15 de agosto —respondió ella sin dudar—, aquí y viviremos aquí. Podéis asistir, y sí, quiero un hijo. Como mínimo dos.

Para Christopher era todo lo que necesitaba. A partir de ahí, su vida no era suya, era una vida junto a su amada y, cuando estaban cenando con los niños, comprobó que todo era posible.

—Yo... la cocinera está dispuesta a preparar el banquete, no lejos, una costurera, está preparada para encargarse del vestido de novia. Tú me dirás.

—Christopher, lo único que te puedo decir es que estoy dispuesta a ello. Nada me haría más feliz que estar casada contigo.

Los niños saborearon la comida con una amplia sonrisa, sin más por decir que gracias a al cocinera y a ellos dos.

Pero desconocían lo muy agradecidos que estaban Christopher y Grace. Él, porque podía conseguir lo que nunca creyó obtener, porque la amaba y no estaba solo. Ella, porque tenía en sus manos su futuro, algo que muchas mujeres no tenían, no solo en Inglaterra, también en otros muchos lugares del mundo, pues después de todo, su papel era el de esposa y madre. Un papel que no iba con ella, Christopher lo sabía y lo comprendía.

—Una cosa —dijo Peter sacando de sus pensamientos a la pareja—, dicen que los humanos somos capaces de cualquier cosa, ¿es cierto?

—Sí, es cierto —respondió Christopher—. Mira, yo siempre he vivido aquí, no sabía quien era mi padre y no conozco a mi familia, nada más conozco

a mi madre, y ahora, sé que mi padre es Conde. Cuando un ser humano se propone algo, puede hacerlo, pero ha de querer. Mirad, hagamos una cosa. En diciembre os llevaremos a Stonehegen, no está muy lejos y podréis ver enorme piedras de varias toneladas, más grandes que una casa, colocadas en círculo y que no sabemos para que servían, pero están hechas por el hombre.

—Eso suena muy bien —dijo Peter emocionado—, ¿iremos todos?

—Por supuesto —respondió Christopher—, alquilaremos otro coche de caballos para que tus padres, la cocinera y los demás que trabajan aquí vengan con nosotros.

—¡Genial! —respondieron los niños.

—Serás un excelente padre —susurró Grace mientras veía la alegría de los chiquillos y saboreaba la comida.

—Gracias mi amor —dijo con una amplia sonrisa, sin percatarse de que las palabras de su amada, iban con segundas intenciones.

Grace se dio cuenta de que Christopher no fue consciente de esas palabras, no comprendió lo que ella quería decirle, pero no le dio la menor importancia, supuso que, en el futuro, se daría cuenta de ello. Pues al fin de cuentas, no era consciente, de que comía y se comportaba como un hombre perteneciente a la clase social alta, que ya no la imitaba, ni tampoco se dedicaba a mirar por si se hacía esto o aquello. Solo, sin ser consciente de ello, lo hacía todo con delicadeza, y aunque en la sociedad londinense ciertas cosas no estaban permitidas, sí que él lo hacía todo bien, sin necesidad alguna de esperar ciertas normas o permisos.

—No lo ha comprendido —dijo Peter—, pero algún día lo hará.

—Eso seguro —dijo Grace—, pero mañana comenzaré con los preparativos de la boda y tendrá que ser Megan quien os enseñe. ¿No os molestaréis, verdad?

—No, para nada. Si podemos ayudar, contar con nosotros —respondió Brian firme—. Somo niños, pero podemos hacer mucho.

—Ya contaba con vuestra ayuda —dijo Grace sonriente—, pero en lo que me ayudéis, debéis de prometerme que no se lo diréis a Christopher, hay cosas que no debe conocer el novio hasta el momento de la boda.

—Seremos mudos —dijo Arturo—. Pero a cambio tenéis que decirme por qué hay personas que no quieren a sus hijos.

—Pero Arturo, antes de querer a una persona, te debes querer a ti y hay personas que no se quieren —dijo Helen—. Nuestros padres viven de las

apariencias, lo mismo que en la capital, no se dan cuenta de que la vida es mucho más que parecer lo que no se es. Una amapola no puede ser una violeta.

Marie necesitó un gran esfuerzo por su parte para no reír a carcajada, pues casi no pudo comprender lo que había dicho su amiga, pero algo le decía que reír era algo innecesario e injusto para con Helen, aunque no tenía el valor de preguntar, le daba la impresión de que ese derecho lo perdió al sonreír.

Sin embargo, no hizo falta la pregunta, pues Helen se percató de ello y explicó lo mejor que sus palabras le permitían, lo que había querido decir.

Ese acto hizo que Grace volviera de nuevo a pensar en Regina, pero no quería ponerse triste y cambió lo mejor que pudo de teme.

—Dime, ¿qué va a pasar con el hombre del jardín de los Jones?
—preguntó curiosa con la intención de algo interesante para la cena que casi había terminado.

—Bueno, él sigue con su trabajo. Se encarga de cuidar el jardín y lo lleva a la tienda. Ganará un poco de dinero así, se lo merece —respondió Christopher—. Antes no ganaba, pero los Jones han vuelto a decir que no quieren el jardín y parece ser que pondrán a la venta la mansión.

—Eso siempre se les ha dado muy bien —dijo Grace—, si tienen un pequeño problema o algo que hacer, ya huyen.

—Eso es de cobarde.

Todo los niños pudieron a Brian que se callara, pero el chiquillo no lo hizo:

—No me callo porque digo la verdad —dijo firme, seguro de sí mismo—. Cuando huye de sus responsabilidades o culpa a otros de una mala decisión, es un cobarde.

Christopher y Grace se observaron perplejos. Desconocían que podían hacer o decir ante unas palabras tan ciertas de aquel niño, demasiado pequeño para unas palabras como aquellas, pero decirle algo negativo podía ser eso, un acto negativo que para nada convenía que le fueran dichas.

—¿Qué pasa? —preguntó— Todos habéis callado, ¿he dicho algo malo?

—En absoluto —respondió Christopher—, lo que sucede es que nos ha sorprendido lo que has dicho: una gran verdad. Estoy muy orgulloso de ti. Estoy muy orgulloso de todos.

Los niños siguieron comiendo con agrado, terminando la cena con un trozo de pastel que saborearon gustosos, ante la mirada de la pareja que comprobó con agrado, que el pastel desapareció por completo, igual que

desapareció el día, dando paso a una noche interminable para Emma y Megan, quienes conociendo que Grace se casaría el día 15, decidieron empezar a organizar las cosas.

—¿Dónde hacemos el banquete? —preguntó Megan— Yo bien no conozco el lugar.

—En la Iglesia existe un jardín muy hermoso —respondió sin dudar Emma—. No tiene más que césped, pero posee tres bancos, una valle que lo une al edificio una vista de la parte trasera muy interesante.

—Me parece genial, ¿tiene sitio? —preguntó Megan extrañada.

—Claro que sí tiene —respondió Grace—, es enorme.

Las dos mujeres se sobresaltaron al oír las palabras de Grace, la creían dormida, pero no, estaba despierta y con un hermoso color de mejillas.

—Lamento haberos asustado, no puedo dormir, y he bajado —dijo en camión, ocupando un asiento junto a Megan—. ¿De que hablabais? Si puedo saberlo, claro.

—Pues hablamos de la boda—respondió Emma—, me gustaría saber si está de acuerdo o no.

—Decidme que habéis decidido y os lo diré —dijo Grace ilusionada.

—Hemos decidido la costurera para el vestido, será lady Thompson, la que vive frente a esta casa, y para el banquete... nuestra cocinera. También hemos decidido dónde se hará el banquete. Pero faltan los invitados.

—Me parece perfecto —dijo Grace—. Los invitados serán los vecinos más próximos, los que tengan relación con Christopher.

—Muy bien, pues así haremos, únicamente falta que el sacerdote confirme día y hora —dijo Megan.

—Iré mañana a hablar con él y ya veremos —dijo Grace—. Respecto al banquete me preocupa que la cocinera esté muy ocupada.

—No hay problema, le ayudaremos, y están los niños —dijo Megan—, será imposible que podamos tenerles apartados, te quieren mucho.

—Es cierto —dijo Grace—, pero que hagan cosas sencillas, sin mucho esfuerzo.

—Tranquila, harán poco, sé que son pequeños y débiles, pero podrán ser de ayuda —dijo Megan.

—La novia va a estar impresionante —dijo Emma orgullosa.

—Gracias —dijo Grace avergonzada.

Aunque esa vergüenza, y el hecho de ponerse roja, aún se acrecentaron

más, a medida que iban concretando detalles pequeños, y el día se fue despertando.

Estaban ilusionadas, y los niños también, tanto, que se dirigían todos los días a la orilla del río, con la intención de coger flores y crear los mejores ramos para la novia, así como pescaban a menudo para poder pescar los peces más grandes y exquisitos.

Ese detalle, no hacía más que dar ánimo a todo el vecindario, que se afanaba por cumplir con su parte lo mejor posible, para que el día de la boda, que el sacerdote confirmó sin problemas, pudiese ser el mejor para la pareja, quienes confiados en el buen hacer de los demás, se dedicaron a pasar los últimos días de soltería, descansados y con paseos por los alrededores, con la intención de que los hechos de Londres, quedasen atrás, en el olvido si era posible.

Pero en el fondo, Christopher deseaba regresar, para poder concretar los hechos con su padre, poder dar a Grace una vida tranquila y feliz, con un título, era algo que estaba seguro que ella agradecería, aunque su humildad no le permitiría, nunca, decirlo.

Mas también Grace quería regresar, hablar cara a cara con Regina, comprender lo que deseaba, hacerle ver la realidad, que sí, asustaba y mucho, pero una vez se daban los primeros pasos, las cosas cambiaban mucho, pues el miedo daba paso a una curiosidad que llevaba a una inmensa felicidad.

Esa era la felicidad que Grace poseía, y que Christopher también poseía pero él tenía claro que dar el primer paso, era cosa de la propia persona, y si esa persona no lo quería dar, no se podía hacer nada, por mucho que doliera.

Mas ellos estaban felices, y según cuentan, no hubo una novia más hermosa en Richmond, ni un novio más amoroso y respetuoso con su amada.

Unas palabras de la autora

Esto que habéis leído, es un relato complementario que escribí hace mucho tiempo, cuando escribía y guardaba lo escrito escondiéndolo del mundo.

Ahora, lo saco fuera de su libreta, y lo ofrezco para que disfrutéis con él, que espero, haya podido ser posible.

Está ambientado, como os habéis dado cuenta, entre lady Grace y la Condesa. Ambas novelas ya publicadas y a la venta en Amazon. Si aún no las habéis leído, os invito a ello, antes de que salga la tercera parte de la serie, que lo hará el próximo 4 de septiembre y bajo el nombre de “La amante”.

El destino de los niños ayudados aquí por lord Christopher, así como lo acontecido a los jóvenes desaparecidos de Richmond, se conocerá en la cuarta parte de la serie, que saldrá a la venta el 4 de octubre, bajo el nombre de “Te amo”.

Si queréis decirme algo, os invito a que me busquéis en Facebook bajo el nombre de Maeve Anne Scotland. Estaré encantada de que me déis vuestras opiniones.

Un saludo y, nos vemos el día 4 de septiembre.